ROSAS DE PASIÓN

ROSAS DE PASIÓN

ROMANCE DE AMOR

en tres actos y un prólogo, en prosa

ORIGINAL DE

J. ANDRÉS DE PRADA

Estrenada con gran éxito en el TEATRO ELDORADO, de Barcelona, el 13 de Abril de 1917

NOTA.—Esta obra fué estrenada el mismo día por las compañías Mendizábal-Ros; Porredon; Castilla-Domínguez; Vigo, y Giménez en los teatros de Ferrol, Zaragoza, Oviedo, Lérida y Comedia de Barcelona.

BARCELONA
IMPRENTA DE PEDRO ORTEGA
Calle de Aribau, 7
1917

REPARTO

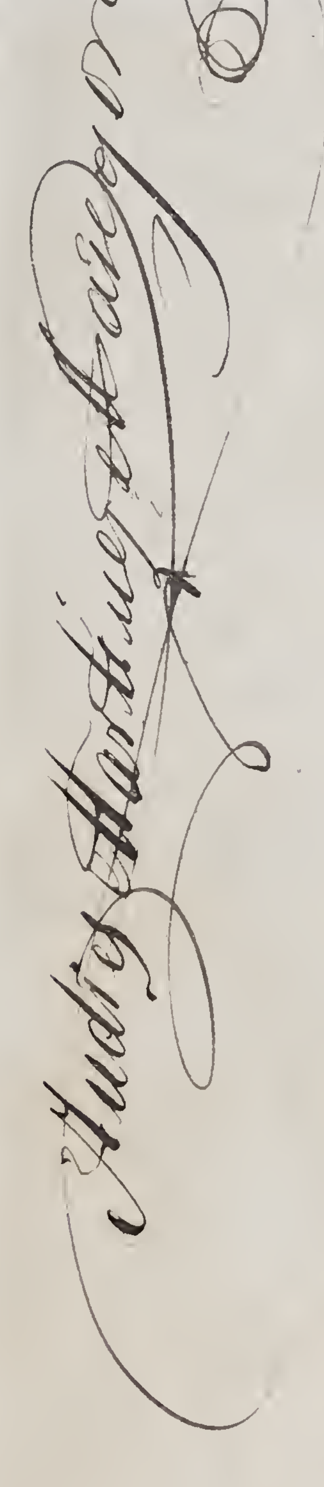
PERSONAJES	ACTORES
GABRIELA.	Aurora Redondo.
ANGUSTIAS	Amalia Gómez Larxé.
CARMEN	Elisa Sánchez.
SEÑA JUANA.	Amalia Figueroa
MARUJA	Carmen Ortega.
CONSUELO.	Fraternidad Lombera.
SOR MARIANA	Dolores Arquimbau.
SOR ANGELES	Luisa Alcalá.
DONCELLA	Concepción Prats.
PEPE LEÓN	Emilio Portes.
WILLIAM	José Portes.
ÁLVARO	Luis Agudin.
ZAVALA.	Julio del Cerro.
MARTÍNEZ	Adolfo Salvadó.
SERAFÍN	Antonio Rovira.
EL MARQUÉS.	Francisco Marimón.
D. JUANITO	Mariano Ozores.
PADRE MIGUEL	José Calvera.
PEDRO	Enrique Navarro.

ÉPOCA ACTUAL

NOTA. — Por repentina indisposición de la primera actriz María Gámez, hubo de encargarse de su papel la Srta. Aurora Redondo, desempeñándolo tan a maravilla, que el público la ovacionó ruidosamente en diferentes escenas. Aquí lo hace constar el autor, reconociendo el mérito de dicha actriz, que figurando en el elenco artístico como una damita joven, sustituyó con notoria aprobación de crítica, público y autor, a la primera actriz de la compañía.

REPARTO

de esta obra en Madrid al ser estrenada en el



A ti.

PRÓLOGO

La escena y la sala deben quedar completamente a oscuras. Se alzará el telón y en un velador con sólo una luz roja que se proyecte sobre él, lo leerá el primer actor.

Llega hasta el viejo tabladillo de la farándula, reidora siempre y ipre alegre, la voz de un poeta a deciros de amor.

Iarto sabe el humilde trovero que en estos tiempos de avance hacia ifinito, hablaros de amor es tal como mentiros la suprema ficción de ue ya no existe. Mas a ello se aventura; porque si algo, después de ciénaga de sangre y de plomo, ha de quedar sobre la tierra, como un infinito que selle en las almas la paz y la esperanza, ese algo ha de el amor, el divino amor humano, claveteado por la mano de Dios, o una estrella, en el cielo de la vida.

Y porque tal es el que en la ficción de la farsa trazó el poeta, arrandole de la propia vida, ha de menester su obra de este prólogo que ie a deciros que ni es drama, ni comedia, ni sainete lo que ante voss quiso poner el autor.

Vais a oir del amor, el más tierno madrigal; vais á saber del corazón iás sublime sacrificio; vais á conocer de la vida el girón más delicado, él en el que un alma de mujer, ungida por todas las abnegaciones y todas las misericordias, se os presenta en la escena como si en la vida ma se os presentara. Tal quieren ser estas muñecas de trapo que el ta formó con pedazos de almas de mujer y que por tener algo de todas, an en su corazón amor y piedad, nobleza y pasión, caridad y fe. Y es todas las mujeres, desde la que en su seno lleno de pureza cobijó a un s, hasta la que dió al mundo el más absurdo de los hombres, por amor ieron, por amor fecundaron y con amor tejieron el ensueño de su vida a; porque, han de pasar en el tropel del vivir, todas las cosas, han de ovarse almas, hombres y tierras, pero el amor no; que en el cielo de umanidad, como una estrella, quedó clavado por la mano de Dios.

Pasarán los hombres, con sus locas mudanzas de espíritus e ideas; paán los siglos con el galopar fantástico de sus corceles de generaciones; arán los mundos por el misterio del infinito; y hombres y siglos y mun-, volverán de la nada y en la nada se hundirán para dar paso a otros vos; pero en el cielo de la vida, mientras la carne sea barro fundido hoque de un beso de creación, una estrella rutilará siempre lucidora rmónica: el amor.

Morirá todo lo creado; polvo y ceniza será todo lo que un día tuvo ma y color; tras cada primavera un otoño alfombrará de hojas secas

el erial de la vida, y un invierno helará en las entrañas de la tierra s raices; pero siempre, en el azul del cielo, sobre el purísimo manto azul la tierra lucirá una estrella rutilante y espléndida: el amor.

Y es que el amor no morirá mientras quede un corazón de mujer; q si es cierto que al formarla de la nada el soplo divino le dijo «vive» es menos cierto que después de crearla, al admirar la perfección de obra, el mismo soplo le dijo «ama», porque vivir solo ya era en la mujer tísima ofrenda a la humanidad, pero vivir y amar era a un tiempo ofren y gloria, y a la gloria, por ser gloria, no renuncia ni el mismo Dios, si do dueño de ella.

Tal es lo que en este romance de amor vais a oir. Un amor de mu frente a otro amor de mujer; dos perfumes de la misma esencia: uno, f mado con hálitos de espíritu y otro con átomos de carne. Tesis, ide pensamientos y tramas, quédense para otras obras, que esta no ha de cesitarlo, ya que de girón de vida blasona y la vida, harto tiene con vida.

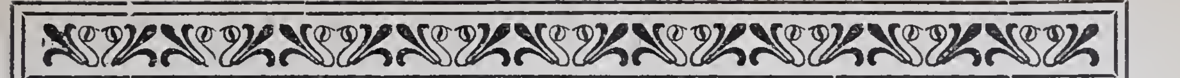
Para vosotros los que no habéis amado nunca; los que por no ha sentido junto á vuestro corazón el golpeteo de otro que al fundirse en é hizo ser fuertes y nobles y grandes; para vosotros, los desleales, los fa rios del cariño, los que jugais con el de una mujer olvidando que el ar de otra os dió la vida y que al calor de sus besos se fundieron vuest primeras lágrimas y al abrigo de su regazo nacieron vuestras prime sonrisas; para los que no creéis en el supremo sacrificio de toda una vi cuando fué de amor esa vida y el amor abrió en ella el surco indeleble una pasión suprema; para los que amasteis a muchas sin dejar en ningu entera por completo vuestra alma y en cambio destrozasteis á zarpazo deslealtad todas las de ella; para los réprobos del amor, para los infi del corazón, fué escrita esta obra que si la ficción de la escena qu darle el ropaje de la farsa, la verdad de la vida puede ponerle el suyo la realidad.

Y ahora, pues que ya sabeis que de amor va a hablaros, quien qu de amor no sepa tanto como vosotros, escudad su torpeza en vuestra b dad y perdonad sus yerros.

Esta noche, el viejo y ruín tabladillo de la farsa, reidora siemp siempre alegre, va a deciros por la trova sencilla de un humilde poeta madrigal de amor; y para ser digno trono de tan excleso señor hubo menester este prólogo—que es a un tiempo reverencia y saludo—y ya que no para ilustraros—que de menester no lo hubo jamás vuestra tísima sabiduría—sirvió para deciros á flor de labio y a flor de alma eternamente, infinitamente vivirá suspendida sobre nosotros, en el c de la vida, la estrella que en él claveteó la mano de Dios: el amor.

Al terminar la lectura se apa la luz roja y caerá el telón.
Inmediatamente se hará luz menzará la obra.





ACTO PRIMERO

Gabinete elegante en una villa cercana a Bilbao. Galería de cristales al fondo. Profusión de plantas y flores por la escena en cestas, jarrones y floreros. Muchas luces encendidas.

Sentado junto a un velador, de levita, EL MARQUES, cincuentón bien conservado. En la puerta izquierda PEDRO, criado de librea, y GABRIELA de blanco, cubierto el traje por un kimono.

Gabri. (*Como si hablase dentro.*) Bueno, sí, no lo olvidaré. Por ahora remédiese con eso. (*Volviendo al centro.*) ¡Pobrecilla!

Marqu. ¿Quién es?

Gabri. ¿No la recuerdas? Ana, aquella cocinera vieja que hubo en casa de la prima Lucía. Ya ves, ¡la pobre! Después de pasar su juventud trabajando, a la vejez vive de limosnas. (*Yendo hacia la puerta.*) ¿Quedan más, Pedro?

Pedro. No, señorita. Esa mujer era la última. Yo no sé si se habrá fijado la señorita, pero siempre llega la última esa mujer. ¿No lo ha notado la señorita?

Gabri. Sí: y por eso es siempre para ella la limosna mayor. (*Con mimo, al Marqués.*) Y tú seguirás dándosela, ¿verdad, papaín? Porque a ti te toca continuar esta tarea... por lo menos mientras dure nuestro viaje de novios. No, no quieras fruncir el ceño para que yo crea que te enoja lo que sé que te satisface.

Marqu. ¡Gabriela!

Gabri. ¡Qué feliz soy! ¿Verdad, Pedro?

Marqu. Mujer, ¿y Pedro qué sabe?

Gabri. Claro que lo sabe. Pedro es en la casa algo nuestro, alguien de la familia.

Pedro. Señorita...

Gabri. Yo le he oído decir a Pepe que la familia no es sólo la que nos crea Dios por vínculos de sangre, sino que es también la que nos creamos nosotros por afectos, por cariños, por muchos años de vivir todas las vidas juntas.

Marqu. Pepe habla siempre en nombre de su filosofía, esa filosofía extraña de sus libros y aun de su propia vida.

Gabri. Del dolor de su vida querrás decir. Para él sí que no existió la familia. ¡Pobre! Desde tan niño huérfano, al solo calor de ese tío Eduardo y esas primas ridículas y ñoñas, sin afectos, sin cariños... ¿Qué sabemos nosotros, los que vivimos siempre entre el mimo y la caricia de los nuestros, de esa soledad de los que no tienen a nadie?

Marqu. Y menos mal, los que como Pepe tienen por compañera a su voluntad.

Gabri. Ah, eso sí. Una voluntad firme, tenaz, de hierro. A ella le debe todo lo que es; nombre, fama, afecciones...

Marqu. El amor de Gabriela.

Gabri. Dilo muy alto, papá; el amor de Gabriela, ganado entero para su alma por su voluntad.

Pedro. Señor...

Marqu. (*Al notar la turbación de Pedro.*) Sí, Pedro, puedes retirarte.

Gabri. ¿Han llegado los invitados?

Pedro. Nadie aún, señorita.

Marqu. Es pronto.

Gabri. (*A Pedro.*) Pues estate al cuidado y avisa. ¿Sabes?

Marqu. No te molestarás mucho, Pedro. La ceremonia es en plena intimidad.

Pedro. En familia, ¿verdad, señor?

Marqu. Menos que en familia. La nuestra no vé con buenos ojos este enlace y la de él es tan reducida...

Gabri. Mejor; cuantos menos testigos tenga la dicha, más parte para cada uno. Y en estando tú, y

tita Carmen que para ti y para mí ha sido la sombra de la pobre mamá, y Mariana y Pedro, los fieles criados, ¿para qué más gente?

Marqu. No, vendrán, vendrán también otros conocidos y hasta parientes; los que viven cerca... Te has empeñado en casarte aquí, en este rincón de la montaña... (*Suena un timbre.*)

Gabri. Anda, que llaman. (*Váse Pedro por foro.*)

Marqu. Y tú, acaba de vestirte.

Gabri. En seguida; no me falta más que prenderme el velo y el azahar.

Marqu. Pepe llega en el correo, ¿no?

Gabri. Ya está en el pueblo. Se debe haber entretenido en la fonda.

Marqu. Pues mientras viene él y vienen los demás, que entre todos, por atenderlos habrán de separarte de mí, puesto que cediendo yo a tu voluntad va tu vida a encauzarse por una nueva senda, dime, hija mía, mi Gabriela mimosa y buena. ¿Eres feliz? ¿crees que vas a seguirlo siendo siempre... siempre...?

Gabri. Sí.

Marqu. ¡Ojalá!

Gabri. Le quiero mucho, papá.

Marqu. ¿Y él a ti?

Gabri. Tanto como yo a él.

Marqu. Mucho lo aseguras. ¿No te queda en los labios nada por decir?

Gabri. Nada.

Marqu. ¿Ni en el pensamiento?

Gabri. Tampoco.

Marqu. ¿Ni en el corazón?

Gabri. Ahí sí; ahí me queda la fe en su cariño.

Marqu. Pues que Dios te haga tan dichosa como tú me has hecho siempre a mí.

(*Por derecha, elegantemente vestida de negro, con valiosas joyas, Carmen.*)

Carmen. ¿Aún estás así?

Gabri. Uy, tita Carmen. ¡Qué compuesta!

Marqu. ¡Mucho, mucho!

Carmen. Llamaré la atención, tal vez.

Gabri. Por lo guapa, sí.

Marqu. Por eso la llamó siempre.

Carmen. ¿También tú?

Gabri. (*Mirándola mucho.*) Pero... ¿cuándo te has hecho este traje? ¡Qué elegante!

Carmen. ¿No has visto a la modista estos días?

Gabri. No.

Carmen. Claro; embebida en el noviazgo...

Gabri. Pues está muy bonito, muy bonito.

Carmen. Anda, anda, zalamera, ve a acabar de vestirte. En el gabinete verás unas cestas de flores que ha mandado la sobrina del párroco de la Merced.

Gabri. Pobre don Gabino... Siempre tan bueno. ¿Ha venido ya Pepe?

Carmen. No; anda, te acompaño.

Marqu. Quédate, Carmen; y tú, espera un momento también. Nos has cortado un diálogo muy interesante y que para descargo de mí mismo, quiero que oigas.

Carmen. (*Sentándose.*) Tú dirás.

Marqu. Le preguntaba antes a Gabriela si a esta boda, no a gusto de todos, pero sí por exclusiva voluntad de sus sentimientos, va con la convicción de ser dichosa.

Gabri. Y yo te respondía que sí; que quiero mucho a Pepe. (*Pausa.*)

Marqu. Anoche estuve en Bilbao. El capataz de los hornos, hombre de toda mi confianza, me habló de él.

Gabri. ¿Mal?

Marqu. No todo lo bien que yo quisiera.

Gabri. (*Indignada.*) Falso, falso; ese hombre miente.

Carmen. ¡Gabriela!

Gabri. Miente.

Marqu. Pepe ha llevado una vida un tanto licenciosa.

Gabri. Miente, miente.

Carmen. Chist... calla, mujer; deja que acabe tu padre de hablar.

Marqu. Ha jugado...

Gabri. ¿Y qué?

Marqu. ¿Cómo?

Gabri. ¿Y qué, sí, y qué? ¿qué tiene de extraño que una noche o dos jugase... por compromiso con los amigos... por aburrimiento... por distracción...

Marqu. Han sido varias las veces que le ha visto el capataz.

Gabri. Las únicas que se le habrá ocurrido ir.

Marqu. Además.

Gabri. No, no, no, no sigas, papá, no sigas. Si a eso lo crees un defecto imperdonable, un mal para mí, puedes dormir tranquilo. Yo te prometo desde ahora que Pepe no volverá al Casino jamás.

Marqu. Es que... no es eso sólo, hija.

Gabri. ¿Hay más aún? ¿qué? ¿qué?

Carmen. Sosiégate, mujer, sosiégate.

Marqu. Hija mía, es cruel, es duro, pero es mi deber.

Carmen. Acaba.

Marqu. Se sabe también que ha contraído deudas. Y que ligado a ésto, frecuenta lugares que...

Gabri. ¿Malos?

Marqu. Casas de usureros, prestamistas, gente poco recomendable.

Gabri. Pepe es pobre; vive de su trabajo, de su pluma; le retribuyen mal.

Marqu. Sin embargo...

Gabri. No, no, papá, no insistas; dile que no insista, tita Carmen: que para tan pocos defectos que habéis podido encontrarle vosotros ¡he hallado yo en su alma tantas virtudes! Y sobre todo, yo le quiero, le quiero locamente, ciegamente, con un cariño tan grande, tan grande, que sería capaz por él de... (*Arrepintiéndose de lo que pensaba.*) ¡Dios me perdone!

Marqu. Dilo, dilo; es en vano que calles la palabra cuando ya habló la intención. Le quieres y le prefieres a todos nosotros, ¿no es eso? Pues vé con él. Sería el primer capricho que yo te negase.

Gabri. Es que esto no es capricho, papá; es amor.

Marqu. Con más motivo. Te he advertido del mal y he querido que lo escuchase también tu tía Carmen, que, como antes has dicho muy bien, para ti y para mí, es en esta casa la sombra de tu madre.
(*Gabriela llora.*)

Carmen. ¡La has hecho llorar!

Marqu. Quien bien la quiera...

(*Carmen va hacia ella y la consuela.*)

Carmen. Bah, no llores; no llores, Gabriela. Los hombres no entienden de cosas del corazón.

Marqu. ¿La defiendes tú?

Carmen. ¿No has dicho que yo era aquí la sombra de su madre? ¿Qué haría ella si viviese?

Marqu. Bueno, pues... perdonarme, perdonarme las dos... He ofendido a la mujer creyendo defender a la hija... Quien sabe si estaré yo equivocado, si estará equivocado el capataz, si lo estarán nuestros parientes que se niegan a sancionar con su presencia esta boda... Quién sabe si todos estamos engañados y sólo tú no lo estás.

Carmen. Calla... no llores.

Marqu. Hija mía, porque fuéramos nosotros los engañados, daba yo la vida; si lo fueras tú... que Dios me la quite antes... Vé a vestirte, vé; vé tú con ella...

Gabri. ¿Y tú? (*Besándole en la frente.*)

Marqu. ¿Yo?... Vé a vestirte. Va a llegar él y... ¡vé!

(*Vánse por izquierda. Por foro, Pedro que trae varios paquetes en una bandeja.*)

Pedro. Señor...

Marqu. ¿Eh?

Pedro. Más regalos: y éstos creo que son de la familia del señor.

Marqu. A ver. (*Leyendo las tarjetas.*) Sí; del tío Andrés... de Juanelo y Carmen... y de Mariana.

Pedro. ¿La señorita Mariana? ¿La marquesa?

Marqu. La marquesa de Castrorreal, la misma. ¿Recuerdas su empaque, ¿verdad?

Pedro. Ya lo creo, señor. Ya vé el señor cómo se acordaron todos los señores.

Marqu. Sí, es el cumplido, la fórmula, la etiqueta. Entre gentes de nuestra clase puede más el «quedar bien» que el «hacer bien».

Pedro. Ya hay en el salón unos cuantos señores.

Marqu. ¿Quiénes?

Pedro. Deben de ser amigos o familia del señorito Pepe. No los conozco.

Marqu. Bien, no avises: ahora irá doña Carmen; yo no estoy...

Pedro. ¿No se encuentra bien el señor?

Marqu. No; déjame.

(*Marca Pedro medio mutis y volviendo al centro dice:*)

Pedro. Ah, señor, se me olvidaba. También ha estado hace un momento en la portería Gregorio, el capataz de la fábrica.

Marqu. ¿Y se fué?

Pedro. Preguntó si el señor podría recibirle en seguida.

Marqu. ¿Y qué?

Pedro. Que como el señor dió orden de que se dijera que no estaba en casa...

Marqu. No, no, no... para él sí...

Pedro. Perdone el señor, pero...

Marqu. Anda, vé, que salgan dos criados, que le busquen. (*Mirando el reloj*). Las siete y veinte... el último tren para Bilbao no sale hasta las ocho. Corriendo, en seguida... que lo busquen y lo traigan. Anda, anda.

Pedro. Voy, señor. (*Váse foro.*)

Marqu. ¡Qué torpeza! (*Paseando por la escena. Por izquierda entra Carmen. Al verla el Marqués pregunta.*) ¿Se sosegó? ¿Está más tranquila?

Carmen. No debías haberle dicho nada.

Marqu. También tú me censuras...

Carmen. Censurarte, no; decirte que has sido demasiado cándido al creer cuanto te han dicho de Pepe.

Marqu. Me lo ha dicho un hombre honrado.

Carmen. ¡Valiente personaje! el capataz de tu fábrica.

Marqu. Un hombre leal, un hombre fiel, un hombre bueno.

Carmen. Sabes que Pepe tiene muchos envidiosos. Toda la pollería de Bilbao pretendió a Gabriela. Era el mejor partido. Rica, guapa, heredera de tus millones y tus títulos.

Marqu. ¿Y qué quieres decir?

Carmen. Es tan fácil comprar una mala lengua.

Marqu. ¡¡Carmen!!

Carmen. Se lo habrán pagado bien.

Marqu. ¡Calla! ¡Es un hombre honrado!

Carmen. Pero muy pobre.

Marqu. ¿Y qué? ¿Es que acaso la pobreza y la honradez están reñidos? No, Carmen, no. Que si vamos a ver las cosas como son, con quien suele estar reñida la honradez, no es con la pobreza precisamente.

Carmen. ¡Antonio!

Marqu. Tú tienes la culpa de que hable así.

Carmen. Como no debías de hablar nunca, y menos hoy.

Marqu. Sí, sí, tienes razón. Hoy, día feliz en esta casa para todos, es para mí el de la zozobra y la inquietud y el dolor.

Carmen. Porque quieres. Si no hicieras caso a...

Marqu. Bueno, basta, déjalo. En el salón hay gente ya esperando. La hora se acerca y...

Carmen. Debes ir a ver a Gabriela.

Marqu. Iré.

Carmen. Ella ya no se acuerda de la ofensa que has hecho en su corazón.

Marqu. ¿Yo?

Carmen. Sí, tú. Pero ha comprendido como yo, que te guiaba la mejor intención... y te perdona.

Marqu. ¿La he ofendido?

Carmen La has disgustado solamente. Una mujer enamorada sólo se ofende en el corazón cuando le dicen que el del hombre que ama no es solo de ella; lo demás, sus defectos, sus vicios, sus extravíos, la disgustan, pero no la ofenden. Y es que el amor hace milagros sobre todo lo que no es otro amor.

Marqu. ¿Y así piensa Gabriela?

Carmen. Así me lo acaba de decir. Hubiérasle revelado que Pepe amaba a otra y no le perdonaría el agravio; lo demás, no le importa.

Marqu. Sois excepcionales.

Carmen. No, tonto; somos mujeres. ¿Vas?

Marqu. Sí.

Carmen. Pues voy a recibir aquí. (*Toca el timbre.*)

Marqu. Como gustes.

Carmen. No tardéis mucho, ¿eh?

Marqu. No: enseguida. (*Vase Marqués por izquierda. Por foro entra Pedro.*)

Pedro. Señora...
Carmen. Pase aquí a los señores que esperan abajo.
Pedro. Está bien.
Carmen. Creo que no olvidarán nada, ¿eh? El señor Obispo entrará por la puerta de la capilla. Mientras nosotros le recibimos y hasta que entre en la casa, que siga Manuel en el campanario. ¿Trajeron el incienso?
Pedro. Sí, señora.
Carmen. Nada más.
(Vase Pedro por foro. Por foro y según hablan entran Serafín, Alvaro, D. Juanito. Al entrar saludan todos a Carmen y se colocan formando escena; visten de chaquet los dos primeros y de levita el tercero.)
Voz. Ja, ja, ja...
Seraf. Oh, Carmencita.
Alvar. Siempre tan guapísima.
Carmen. ¡Alvaro!
D. Jua. ¿Y usted? (*Andaluzado.*)
Carmen. Perfectamente.
Seraf. Pero ¿y esa novia? ¿y ese padrino? ¿y ese novio?
D. Jua. Esto es una deserción.
Carmen. Salen en seguida. Pepe tampoco tardará.
Alvar. Viene por fin el Obispo, ¿no?
Carmen. Sí.
Alvar. ¿Y Mariana?
D. Jua. ¿Y el Marqués?
Carmen. Con Gabriela.
Seraf. No hay derecho a hacernos esperar.
Carmen. Voy a avisarles que están ustedes.
Seraf. Que estamos, y que estamos impacientísimos. (*Váse Carmen por izquierda. Don Juanito husmea todos los muebles.*)
D. Jua. ¡Hermosa casa!
Alvar. Magnífica. ¿No la conocía usted?
D. Jua. No.
Alvar. Montarco es millonario.
Seraf. Los futuros millones de Pepe León.
D. Jua. ¡Qué boda!
Seraf. Estupenda.
Alvar. Así se hacen las cosas. Se pasea una juventud

entre los escándalos y las francachelas; se gastan a un tiempo el dinero y la salud, y después...

D. Jua. Se busca una novia rica y a reponer lo perdido.

Seraf. Admirable.

Alvar. Envidiemos al gran afortunado.

Seraf. Compadezcamos a las infinitas mujeres que deja abandonadas.

Alvar. No del todo. Pepe León, y esto en confianza y en el más profundo secreto, Pepe León no está enamorado de Gabriela.

D. Jua. ¿No?

Alvar. Lo sé cierto.

D. Jua. ¡Qué cinismo! Entonces...

Alvar. Vive usted en las nubes. Pepe se desposa hoy con un título, con una fortuna y con el acta de diputado del viejo Marqués.

(*Por foro, de chaquet, muy elegante y presumido Pepe.*)

Pepe. ¿Hay un abrazo para mí?

Alvar. ¡Pepe!

Seraf. ¡Hombre!

D. Jua. Vamos, vamos...

Pepe. Perdón... He tenido que recoger a la familia.

Alvar. ¿Viene tu familia?

Pepe. Sí, mi tío Eduardo y mis primos. Pero ¿estáis solos?

Seraf. Acaba de dejarnos Carmen.

Pepe. ¿Y Gabriela? ¿Y papá?

Seraf. ¿Papá?

Alvar. Sí, hombre, papá... *su papá* desde hoy.

Seraf. Ah, ya...

Alvar. *Tu tía* Carmen a ido a avisarles que estamos aquí.

Pepe. Voy a presentaros a un convidado que traigo, William Struger, un escocés delicioso. Está quitándose el gabán.

Seraf. ¿En este tiempo?

Pepe. No os digo que es delicioso.

Alvar. (*Aparte a Pepe*). Oye, en confianza, ¿vas de corazón al altar?

Pepe. (*Idem a Alvaro.*) En confianza, no.

Alvar. (*Idem.*) Eres execrable.

Pepe. (*Idem.*) Soy sencillamente un hombre que necesita una base sólida para encumbrarse.

Alvar. (*Aparte.*) ¡Pobre Gabriela!

Pepe. (*Yendo hacia el foro y presentándole.*) El señor William Struger.

(*Por foro William, tipo exótico, rubio, con monocle, chaqué marrón o gris, botines blancos, flor en el ojal, elegantísimo; habla gangoso pero sin afectación.*)

Willi. Oh, buenos tardes.

Pepe. Permítame que le presente, William Struger; Alvaro Cenia, Serafín Aldama, Don Juan Pérez.

D. Jua. De los Guzmanes y Albornoz de Carrizosa de Aragón.

Willi. ¡Mocho!. ¡Mocho!

(*Después de saludarle se sientan.*)

Pepe. Y ahora, con vuestro permiso voy a dar un abrazo a mi papá suegro. (*Medio mutis.*) Aquí le dejo entre mis amigos, William. Es un instante.

Willi. Mi ser ya uno de ellos.

(*Váse Pepe. Pausa.*)

Alvar. ¿Conocía usted España, mister?

Willi. Oh, sí, bastante. Mi recore dos veces mundo.

Alvar. ¿Y le gusta?

Willi. Mocho. España ser país de pandereto. Mi gostar de la Andalucía. Mocho castañuelo, mocho mansanillo, mocho encanto cuando habla... (*Cómicamente.*) ¡Olé tu pare! ¡olé tu tío! ¡Olé tu suegro! Interesantísimo.

Todos. Ja, ja, ja.

Willi. ¿He dicho un disparate?

Seraf. No, no, al contrario.

D. Jua. Habla usted el español con mucha soltura.

Willi. Sin embargo, a mí gostaríame hablar más... más... cañí. A mí vuelve completamente mocholes.

Alvar. Mochales.

Willi. Oh, eso, eso... Gracias. Machales.

Alvar. Mo... mo.

Willi. Sí, es lo mismo. A mi vuelve completamente momochales, ¿eh? ¿es así?

Alvar. Eso es.
D. Jua. ¿Y nuestros monumentos le gustan?
Willi. Interesantísimos. Giralda en Sevilla, Mesquita en Córdoba y paroquia de los chinches en Madrid, muy típicos.
Seraf. ¿Y nuestros vinos?
Willi. ¡Oh! ¡Mi coge un merluso por menos de nada!
D. Jua. ¿Y qué dise usted de nuestras mujeres?
Willi. Nunca desir nada cuestión de muqueres.
Alvar. ¿Cómo?
Willi. Muquer para mí ser bicho de poca confiansa. Mi jamás preocupar por una muquer.
Seraf. ¡Qué extraño!
Willi. Hay dos cosas en el mundo que a mí no conseguir nadie lograr verme. Una lácrima e un amor de muquer. Nada en la vida merese una lácrima, ni ninguna muquer merese un amor.
Alvar. Brava teoría.
Willi. Mí pretender en Sonthampon a una señorito. Mí dar palabra de casamienta. Ella ponerse coser ropa y más ropa e mí emprender un corto viaje a Stokolmo. Cuando regreso mi novia estar casada y con otra ropa completamente nueva.
D. Jua. ¿Y cuánto tiempo tardó usted en regresar?
Willi. Siete años.
Alvar. ¡Claro, hombre!
Seraf. Entonces...
Willi. Oh, no, no. Si mí tarda siete años, como si tarda setenta. Mi dar palabra de casamiento e mí volver a casarme.
D. Jua. Ay amigo, quien hubiera pensado en eso del viajesito.
Willi. ¿Osté ser casado?
D. Jua. Y con una retahila de chiquillos que cada ves que entro en casa me tiemblan las piernas.
Willi. ¿Osté ser andalus?
D. Jua. De Puerto de Santa María.
Willi. Oh, delisioso, interesantísimo el Puerto ¡qué bodegas tiene!
D. Jua. ¿Las vió usted?
Willi. El prinsipio nada más. Mi cuando entra en un

bodego sólo vé la primera sala; a la segunda ya estar con el turco.

Alvar. Con la turca.

Willi. Es lo mismo.

Alvar. Pues que quiere usted que le diga, amigo William; si por suerte para nosotros está usted mucho tiempo en España, usted se casa.

Willi. No. Mí toreer antes que casarme. Y ya ve si difísil que mí toree. La muquer es buena para una cachiponda, nada más.

Seraf. Cuchipanda.

Willi. Ah, sí, cuchipanda. Y para eso, que no venga sola y que vengan mochos amigos.

Seraf. ¿Para qué?

Willi. Por si empiesa enamoramiento soltarla a un amigo.

Alvar. Es usted delicioso.

Willi. Oh, no, soy práctico nada más. Ya lo dique antes. Nada en la vida merece una lácrima, ni muquer ninguna del mundo, merese un amor.

Alvar. Lo primero, no se lo disputo a usted, lo segundo... ¿usted conoce a Gabriela, la novia de Pepe?

Willi. No. Mí ponderarme ser un belleso estupendo.

Alvar. Pues con esa o con otra como esa, iba usted a enterrar a su teoría a dos mil metros bajo tierra.

Willi. Está usted errado completamente. Antes de meter mi teoría dos mil metros bajo tierra, si mí nota enamoramienta, mete cabesa cuatro mil.

Todos. Ja, ja, ja.

Willi. Ríanse, ríanse ustedes, pero... a ver, a ver.

(*Dentro se oyen risas de muchacha y Maruja y Consuelo, con mantillas blancas y trajes de seda, dicen antes de entrar.*

Maruj. Ah, pero ¿aún no está vestida?

Consu. Imposible.

(*E irrumpen en la escena. Todos se levantan.*)

Maruj. ¡Ah! Ustedes perdonen.

Seraf. De nada.

Maruj. (*Saludándole.*) Adiós, Serafín, ¿cómo estás?

Seraf. Hola, monada; bien, ¿y vosotras?

Consu. De primera. Anda, preséntanos.
Seraf. ¿Habéis venido solas?
Maruj. No, papá viene en otro auto.
Seraf. A Alvaro ya creo que lo conocéis, ¿verdad?
Consu. Sí, de vista.
Maruj. En el Abra, en el Club.
Alvar. Señoritas.
Seraf. Maruja y Consuelo Aznares. Alvaro Cenia. (*Presentándolas.*) Don Juan Pérez de...
D. Jua. De los Guzmanes y Albornoz de Carrizosa de Aragón.
Seraf. Mister William Struger.
Willi. Señogitas.
Maruj. A usted tembién me parece que le he visto.
Willi. Oh, ¿sí? Mí no recordar ese momento de satisfacsión.
Maruj. En Madrid, en el Real.
Willi. Sí, sí... mí ser mocho afisionado a la musica.
Consu. ¿Y Gabriela?
Seraf. Vistiéndose.
Maruj. ¿Y doña Carmen y el Marqués?
Seraf. Con ella.
Consu. ¿Y el novio?
Seraf. Creo que también está con ellos. Excusadles. Son momentos que...
Alvar. Además, es pronto.
D. Jua. Las siete y media.
Consu. A las ocho es la boda.
Alvar. Sin embargo.
Seraf. (*Mirando hacia izquierda.*) Ya están aquí.
Consu. ¿Todos?
Alvar. Todos.
Seraf. Pero ¿y tu papá?
Maruj. Ahora viene, hombre.
Consu. Es que los cuarenta caballos de papá no galopan más que para ir a la Bolsa.

(*Por izquierda Gabriela con velo blanco, del brazo del Marqués. Tras ellos Carmen y Pepe.*)

Gabri. Señores...
Marqu. Aquí traigo a los héroes del día.
Consu. ¡Qué monísima!
Maruj. Qué guapa estás.
Gabri. ¿Y vosotras?

Consu. Ya ves. A toda velocidad por darte el primer abrazo.

Maruj. ¿Y usted, Marqués?

Marqu. Bien, hijita.

Pepe. Vosotros ya conocéis al marqués, ¿no?

Alvar. Sí, ¿qué tal?

Marqu. ¿Y usted?

Seraf. ¿Cómo va esa salud?

Marqu. No muy firme.

Carmen. Supongo que dejaréis un instante a la novia para darme un beso.

Maruj. ¿Cómo no, doña Carmen?

Carmen. ¿Y el papá?

Consu. Ahora llega.

Pepe. William.

Willi. ¿Eh?

Pepe. Venga. (*Presentándolos.*) Gabriela de Montalco, mi futura.

Willi. Señorita; a mí prevenirme mocho quente, de ser osté una muquer estupenda; pero mocho quente no sabe lo que se dise; osté ser deschocarrante.

Ga. y Pepe. Ja, ja, ja.

Willi. ¿Mí desir un disparato?

Pepe. Descacharrante.

Willi. Es lo mismo.

Pepe. El Marqués de Montarco, mi suegro; su cuñada doña Carmen Jimeno.

Willi. Mocho gusto.

Pepe. Mister William Struger. (*Aparte a William.*) ¿Eh? ¿qué le parece a usted mi novia?

Willi. (*Aparte a Pepe.*) Ser osté un vivo mocho vivales.

Gabri. ¿Queréis ver los regalos?

Maruj. Espera un momento. Ya debe estar papá al llegar.

Gabri. Bien. Sentarse aquí, a mi lado.

(*Forman dos grupos. En el de la izquierda y en el sofá Gabriela, doña Carmen, Maruja y Consuelo; en el de la derecha don Juan, Pepe, Serafín, Alvaro y William. El Marqués se pasea por detrás de ellos.*)

Consu. ¿Estás contenta?

Gabri. Mucho.
Maruj. Pues parece que has llorado.
Consu. Es natural mujer, la emoción.
Gabri. Pienso ser muy feliz; quiero mucho a Pepe.
Maruj. Es un escritor originalísimo.
Consu. Nosotras hemos devorado todas sus obras; y a propósito, (*Dirigiéndose a él.*) Pepe.
Pepe. Diga usted, Consuelo.
Consu. ¿Cuándo leemos ese último libro tan anunciadísimo?
Pepe. ¿Cuál?
Consu. «Rosas de Pasión». ¿No es ese el título?
Pepe. ¡Si aún no lo he empezado!
Consu. ¿Cómo?
Gabri. Di que sí. Ya tiene escrito mucho.
Pepe. Nada, versos sueltos, prosas publicadas aquí y allá...
Maruj. ¿Y por qué lo titula usted así?
Pepe. Porque es un libro de mujeres.
Gabri. Pepe cree que nosotras somos rosas de pasión, y en uno de los capítulos de su libro, que yo me sé de memoria, dice que igual que en las matas de los rosales, florecen en la vida las mujeres: las hay blancas, de nácar; rubias, de té; encendidas, de sangre; menuditas y tímidas, las en capullo; pomposas y altivas, las de cien hojas, y todas, todas, rosas de pasión. Pasión carnal, las rojas; pasión de amor las sonrosadas, pasión de pureza las blancas.
Consu. Muy bonito.
Alvar. Como cosa de amor y de mujeres.
Pepe. Sin embargo, aquí, William no cree en el amor ni en las mujeres.
Maruj. ¿De verdad?
Willi. Sí, señorita.
Maruj. ¿No cree usted en nosotras?
Willi. En ustedes no sé; no las he probado.
Todos. Ja, ja, ja.
Willi. Ahora sí que me parese que he dicho un disparate, ¿eh?
Pepe. Y grande.
Willi. Perdón. Quise desir que...

Alvar. La teoría de William es la de que ninguna mujer merece nuestro amor.

Consu. Porque acaso no haya ningún hombre que sea digno de él. Yo os prometo que no me casaré sin la seguridad absoluta y plena de que doy mi corazón a quien íntegramente me da el suyo.

Maruj. ¡Natural! (*Pausa. Vuelven los hombres a formar grupo y Carmen va hasta ellos.*)

Gabri. Yo estoy tan segura, tan segura del cariño de Pepe... Tiene sus defectos, como todos los hombres, pero me quiere, me quiere mucho, mucho... (*Formando aparte con ellas.*) ¡Si le oyerais hablarme! ¡Si supierais la pasión que pone en cada una de sus palabras! Y en cuanto a digno... Ya veis: tiene por blasón su pobreza, y él mismo me ha confesado que por ella no me reveló antes su cariño.

Maruj. ¿Y tú crees que le quieres lo bastante?

Gabri. Con delirio, con locura. Me habían de decir que era el más absurdo, el más extraño de los hombres, y yo le había de querer más. Hace poco papá me indicó algún defectillo suyo. Otra, queriéndole menos, se hubiera atemorizado. Yo no. Ha vivido el pobre siempre tan solo, tan sin afectos y sin caricias, que no es extraño que buscase medios de olvidar su pena...

Consu. ¿Y estás segura de que no ha querido a ninguna otra mujer?

Gabri. A ninguna.

Consu. ¿Y si la hubiese querido?

Gabri. Mi cariño se la hizo olvidar.

Maruj. ¿Y si la quiere aún?

Gabri. No, eso no, eso no. Eso no decírmelo siquiera. (*Por derecha Pedro se acerca al Marqués.*)

Pedro. Señor, señor.

Marqu. ¿Qué? ¿Le habéis encontrado?

Pedro. Sí, señor, y dice que vino a molestar al señor porque necesitaba hablarle con urgencia.

Marqu. Bien, pásalo a mi despacho. (*Yendo hacia derecha. Vase Pedro por derecha.*)

Gabri. No tardes.

Marqu. No, no... Vengo enseguida.

(Váse por derecha. Pepe va hacia Gabriela.)

Pepe. ¿A dónde ha ido tu padre?

Gabri. No sé.

Pepe. He visto ahí al capataz de la fábrica.

Gabri. (*Asustada.*) ¿Eh?

Pepe. No, no, no te asustes, no será nada. Ya lo has oído: negocios. (*Aparte.*) ¡Ese hombre!

Maruj. ¿Qué tienes? Te has puesto pálida.

Gabri. No... nada.

(Por derecha Pedro.)

Pedro. Señorita; ahí está la señora Marquesa, y los señores de Creus, y otras familias más.

Carmen. Páselos abajo, al salón; esto es chico ya para todos. ¿Vamos?

Alvar. Como queráis.

Gabri. Tita Carmen os enseñará los regalos.

Consu. (*Mirando un camafeo que lleva en el pecho.*) ¿Es éste uno de ellos?

Gabri. No. Es la única alhaja que llevo a la boda.

Consu. ¡Qué bonito! Mira, Maruja.

Gabri. Es un camafeo indio. Me lo puso mamá antes de morir y lo conservo siempre como su último recuerdo. Por eso no os lo ofrezco.

Consu. Quita allá, mujer. Y siendo así menos.

Gabri. Por nada, ni por nadie me desprendería de él.

Maruj. Muy bonito, y además, de valor.

Gabri. No; eso no.

Pepe. ¿No vienes tú? (*Al ver que queda rezagada.*)

Gabri. Enseguida; voy a mi cuarto un momento. He dejado mi libro de oraciones.

Carmen. Vamos.

Maruj. ¿No le da a usted cuidado darme el brazo, William?

Willi. Oh, señorita, encantado.

Maruj. Pero... es que vamos al oratorio.

Willi. No importa... con osté voy bien a todas partes.

Maruj. ¿Hasta el altar?

Willi. Si osté quiere que la acompañe y la deje allí... bien.

Maruj. Ja, ja, ja. Es usted incasable.

Willi. Por ahora, sí.

Pepe. Usted conmigo, tía Carmen.

Consu. Alvaro, se galante hombre. (*Dánse el brazo.*)
Maruj. Que no tardes.
Gabri. No. Pepe subirá por mí con papá.
(*Vanse todos por derecha. Los últimos son Serafín y don Juanito, que dicen aparte.*)
Seraf. ¿A qué huele usted?
D. Jua. A azahar y a incienso.
Seraf. A chamusquina.
(*Al quedarse sola Gabriela como dando vuelta a un triste presentimiento dice.*)
Gabri. Que se engañe papá, Señor, y que también se engañe mi corazón, que ya empieza a dudar... y le quiero mucho.
(*Por izquierda Doncella.*)
Donce. Señorita.
Gabri. ¿Eh?
Donce. Ahí hay una mujer que desea verla.
Gabri. ¿Ahora?
Donce. Sí, señorita. Parece una pobre.
Gabri. ¿La conoces?
Donce. No, no es de las que vienen todos los días; pero insiste tanto. Ya la hemos dicho que terminó el reparto de limosnas.
Gabri. ¿Dónde está?
Donce. Abajo, en la puerta del jardín. Dice que vino andando y trae una cara...
Gabri. Súbela por esta escalera.
Donce. Está bien.
(*Váse izquierda.*)
Gabri. Es tan gran día hoy para que quede nadie sin su parte de alegría...
(*Por izquierda Doncella, tras ella Angustias con mantón y trayendo de la mano a un chiquillo como de cuatro años.*)
Donce. Aquí está, señorita.
Gabri. Que pase.
Angus. Buenas tardes.
Gabri. Buenas tardes. (*A Doncella.*) Dame el bolsillo.
Donce. ¿Este? (*Tomándolo del secreter.*)
Gabri. Sí. Vete. Yo le indicaré la salida.
(*Vase Doncella.*)
Angus. No se moleste la señorita. No vengo a pedirle limosna. No la necesito.

Gabri. ¿Eh?

Angus. Sería la primera vez que yo llegase a la puerta de nadie a pedir nada. Tengo muy buenas manos y gracias a Dios, el pan no me ha faltao nunca.

Gabri. Entonces...

Angus. Vengo a por lo mío, a por lo que es mío.

Gabri. ¿Qué dice usted?

Angus. Que no hace falta poner esa carita de santa, cuando antes se ha valío una de toas las mañas pa robarle a otra lo que es suyo.

Gabri. No la entiendo.

Angus. Pué que sea que no le conviene entenderme. Pero lo mismo me da; que dispuesta vengo a llevármelo, y me lo llevo.

Gabri. Pero...

Angus. ¿Entoavía no se ha enterao usté? Vengo a por mi hombre, a por el hombre que haciéndome creer que era pa mí toa su vía y toa su alma, me ha engañao a última hora con quien no pué quererle como yo.

Gabri. (*Comprendiéndolo.*) ¡Pepe!

Angus. Pepe, sí, mi José.

Gabri. ¿Eh? (*Rompe a llorar.*) ¡Pepe!

Angus. No llore usté; si ese llanto es too mentira. Que llorase yo que le he dao mi sangre y mi honra y mi vía entera, bueno estaba, pero usté no; usté pué consolarse con otro capricho.

Gabri. (*Sentándose y sollozando.*) ¡Infame!

Angus. Ya se lo creían ustés arreglao todo, ¿verdá? ¡Claro! En habiendo dinero hasta la casualidá se compra, y era mucha casualidá que casándose ustés aquí en este pueblo apartao y sin decirlo a nadie, como si fuera un crimen, que un crimen era lo que ustés iban a hacer, me enterase yo.

Gabri. (*Dolorida.*) ¡Me ha engañado!

Angus. No; a quien iban ustés a engañar era a mí. Pero han estao ustés torpes, que por muy bruta y muy tonta que una sea, parece como si el cariño le pusiera luz en los ojos y en la frente, pa verlo tó con clariá. Llame usté a ese

hombre y dígale que estoy aquí yo, su Angustias, la que es suya antes que usté y primero que usté y con más derecho que usté.

Gabri. (*Irguiéndose altiva.*) No; fuera de esta casa. Miente usted, miente.

Angus. Ya se le han secao a usté las lágrimas. ¡Qué poco le han durao en los ojos!

Gabri. Fuera, fuera. Llamaré que la echen.

Angus. Y me iré; pero me iré con él.

Gabri. Es usted una mala mujer.

Angus. Pué que sí, pué que lo haiga sío, pero lo he sío con él.

Gabri. ¡No! ¡No!

Angus. ¿Querrá usté saberlo mejor que yo? Llame usté a ese hombre y déjenos usté salir de aquí.

Gabri. Usted sí, usted váyase.

Angus. No; los dos, hemos de salir los dos; vivos o muertos, queriéndonos o aborreciéndonos, pero los dos.

Gabri. Gritaré y...

Angus. ¿Y a mí qué me importa? Si por muy alto que usté grite más alto gritaré yo entoavía. Pues qué, ¿es que no hay más que tener el capricho de querer a un hombre, pa arrancárselo a otra mujer del corazón?

Gabri. Oh, basta, basta. (*Yéndose a izquierda.* ¡Pepe! ¡Pepe!

Angus. Así, así, ¿quié usté que nos lo disputemos cara a cara? Pues cara a cara. Pero a ver quién pué más: si usté con tos sus dineros o yo con este hijo.

Gabri. ¿Eh?... ¿Su hijo?

Angus. ¡Su hijo!

Gabri. ¡Su... hi...

Angus. Sí, su hijo; dígalo usté, que entoavía no se le ha manchao la boca a ninguna mujer por decirlo. ¡Su hijo! ¡Nuestro hijo! ¡De los dos! ¿Lo oye usté bien? ¡De los dos!

Gabri. (*Completamente vencida.*) Señor... señor.

Angus. Y ahora... a ver si tié usté corazón pa echarme a la calle a mí sola o si es usté mujer pa quitarle a este inocente la única sombra que pué tener en el mundo, ¡su padre!

(*Por izquierda Pepe.*)

Pepe. Gabriela... vamos que... (*Al ver a Angustias.*) ¿Eh? ¿Tú? ¡Vete! ¡vete! No la creas, Gabriela; no la creas.

Gabri. (*Interponiéndose entre ambos.*) ¡Ah! ¿Ve usted?

Angus. ¡Pepe!

Pepe. Vete.

Niño. ¡Papá! (*Yendo hacia él.*)

Pepe. Fuera de aquí.

Gabri. ¡No!

Pepe. ¿Eh?

Gabri. No. Pepe, no. Ella sola, no.

Pepe. ¿Eh? ¿qué dices?

Gabri. Los dos.

Pepe. Pero...

Gabri. Los tres, Pepe, los tres... Ella, tú... y el hijo de los dos.

(*Por derecha el Marqués, que ha llegado al empezar Gabriela la frase.*)

Marqu. Gabriela, hija.

Gabri. (*Cayendo en sus brazos.*) ¡Papá! ¡Papaín del alma! (*Pausa.*)

Marqu. Y usted, caballero, puesto que acaba de descubrirse su intención, su perversa e indigna intención, salga de esta casa.

Pepe. Señor Marqués...

Marqu. Salga de esta casa.

(*Tita Carmen entra muy deprisa, diciendo:*)

Carmen. Antonio, Gabriela... El señor Obispo que llega. (*Al ver el cuadro, quedándose un poco rezagada.*) ¿Eh? ¿Qué pasa?

Marqu. Nada. Gabriela que está un poco indispuesta y hay necesidad de retrasar la ceremonia.

Carmen. ¿Para mañana?

Gabri. (*Rompiendo a llorar.*) ¡Para nunca!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Iabitación pobremente amueblada. Puerta al foro, practicable, que debe dejar ver la barandilla de la escalera. En foro derecha y en chaflán, ventana. Puertas a derecha e izquierda.
Atardece. Sobre la mesa que escribe Pepe, un quinqué encendido.
Repartidos por la escena, libros en montones, restos no vendidos de edición y algún cuadro de escaso valor.
Antes de alzarse el telón se siente dentro el rasgueo de una guitarra y una voz canta:

«Mujeres, mujeres,
cuanto más bonitas son
más malas partías tienen».

En escena PEPE con americana, sin cuello y el rostro pálido y cansino, escribe. Por foro entra JUANA, la portera, con zorros y escoba.

Juana. Pero... ¿entoavía está usté así?

Pepe. Hola, Juana.

Juana. Amos, deje ya la escretura; se va usté a quemar las pestañas.

Pepe. Es preciso.

Juana. ¡Preciso! ¡preciso! Siempre dicen ustés lo mismo. ¿Pa qué diablo será preciso lo que ustés hacen? Si fuera usté sastre, u zapatero u otra cosa así, güeno que lo dijera, que sin vestíos ni sin zapatos mal se pué andar por el mundo; pero los papeles, pa el demonio sirven ná más.

Pepe. ¿Usted no lee nunca?

Juana. ¿Pa qué?

Pepe. Tiene usted razón: ¡para qué!

Juana. Y no es que no sepa, no señor, que bien deprisa que me leo el papel del «Liberal», sobre tó los crímenes u el folletín; pero no me

agrá leerlos, y le saco más gusto cuando alguna vecina me cuenta el aquel de como pasó. Eso que escribe usté ¿es pa un perodico?

Pepe. No; es una novela.

Juana. A ver. (*Acercándose.*) ¡Uy, qué gurrapatos! Cualquiera entiende eso. ¿Es francés?

Pepe. No, mujer; no me haga usted reir.

Juana. No estaría demás, que paece usté un sauce. Bueno, que tié sus motivos...

Pepe. (*Dejando de escribir.*) ¡Ay!

Juana. ¿Qué le pasa, hombre de Dios?

Pepe. No estoy bueno, Juana, no estoy bueno.

Juana. Claro. Y con esos arrechuchos de escribir, peor se pondrá. Si no debía haberse levantao. ¡El demonio del hombre! Con la noche que pasó anoche y la de antianoche, y la otra y la otra... que pué que ya sean tres semanas las que lleva así de malo, ¿no?

Pepe. Sí, Juana.

Juana. (*Quitándole los papeles.*) Pues no trabaje.

Pepe. Y ¿qué hacer?

Juana. Que trabaje ella sola. ¿No gana sus buenas tres pesetas? ¿No se llena la boca de decir que es usté su hombre y que le quié a usté mucho? Pues con la miaja de querer y la miaja de cocido se pué pasar muy bien.

Pepe. No es eso, Juana, no es eso.

Juana. Claro. Acostumbrao a vivir en grande.

Pepe. ¡Lo que yo hubiera sido a no ser por ella!

Juana. Menistro lo menos, ¿verdá, Don José? Con el talento que usté tiene y lo aprisa que usté escribe; porque ¡cuidao que se da usté maña! Uno ná más he visto que le diera a la pluma más que usté: el creminal del Juzgao que me sacó los seis duros de multa. ¡Ladrones!

Pepe. Váyase, Juana, déjeme.

Juana. ¿Se pone peor? ¿Le estorbo?

Pepe. No, yo le agradezco mucho su compañía, pero ahora... va a venir ella y...

Juana. Comprendío... Ya me voy... Pus sí que también tié usté martirio con lo celosa que es. ¡Y mia que de mí!

Pepe. ¡Qué quiere usted, Juana: es así!

Juana. Le tié a usté dominao.

Pepe. Estoy enfermo... es mi ayuda...

Juana. En fin, cá cual tié su cruz.

Pepe. Váyase, Juana.

Juana. Pus ya lo sabe usté. Abajo estoy. A ná que usté quiera, con darme una voz...

Pepe. Gracias.

Juana. En la pobreza de una, tó.

epe. Gracias, gracias.

uana. (*Yéndose foro*). ¡Lástima de hombre! (*Se asoma a la barandilla de la escalera y vuelve a entrar.*) En la portería hay dos señores y pá mí que vienen a verle a usté. (*Vase foro.*)

(*Una pausa. Después por foro Martínez.*)

epe. Ah, ¿es usted, Martínez?

art. Sí.

epe. ¿Y qué? ¿qué hay? ¿qué dicen?

art. Nada, que o paga usted mañana mismo o va el asunto al Juzgado.

epe. Pero no pueden esperar...

art. Pueden, pero no quieren. Y además, amigo Pepe, el asunto es sucio; cae dentro de la ley, casi una estafa.

epe. Lo sé.

art. ¿Le ha contestado el editor?

epe. Sí, ahí tiene usted la carta. Se niega a todo.

art. ¿Y ese amigo de usted?

epe. ¿William?

art. Sí.

epe. No sé si está en Madrid. Le he escrito; suele hospedarse en el Inglés, pero... Luego, aquí, conozco tan poca gente, casi a nadie. ¡Si yo estuviera bueno!

art. Le tengo una sorpresa.

epe. ¿Cuál?

art. ¿Recuerda usted a Alvaro Cenia?

epe. Mucho.

art. Se lo traigo.

epe. ¿Y dónde está, dónde?

art. Abajo, en la portería. Lo hallé en el Banco, charlamos, incidentalmente pronuncié su apellido y se interesó mucho. No he querido hacerle subir por no tener que hablar delante de él de este asunto y, además, por si usted tenía reparo.

epe. No, ninguno, al contrario.

art. Entonces, ¿lo llamo?

epe. Ya lo creo. Deje usted, yo mismo. (*Queriendo levantarse.*)

art. No, usted no puede, no está fuerte.

epe. (*Dejándose caer.*) ¡Maldita vida!

art. Le dejaré aquí con usted y yo me vuelvo al Banco. Quiero hacer la última gestión por salvarle.

epe. Gracias, gracias.

art. No me lo agradezca.

epe. ¿Cómo no?

art. Voy a llamarle. Y ánimo ¿eh?

epe. Sí, sí.

(*Váse Martínez y a poco vuelve con Alvaro.*)

Pepe. ¡Alvaro!

Alvar. ¡Pepe!

Mart. Bueno, les dejo a ustedes. Tendrán que hablarse. (*A Alvaro.*) Por si se va usted antes de yo venir, hasta mañana ¿eh?

Alvar. Hasta mañana.

Mart. Adiós, Pepe.

Pepe. Hasta luego. Vuelva usted pronto.

Mart. En seguida.

(*Váse Martínez.*)

Pepe. Siéntate; aquí, a mi lado. ¿Qué miras? ¿Te extraña esta pobreza? ¿Mi gesto tal vez?

Alvar. Eres un cruel. Dos años sin decir nada de tu vida.

Pepe. ¡Qué querías que hiciera! En la desgracia, los amigos...

Alvar. Bien, y cuéntame. Me dijo Martínez que estabas un poco delicado.

Pepe. Más que eso, enfermo, aniquilado, destrozado.

Alvar. ¿Y cómo? Tú has sido siempre fuerte.

Pepe. Sí, pero ahora... Oye, la verdad, ¿eh?, la verdad, ¿qué sabes de Gabriela?

Alvar. Lo que tú debes saber, lo que sabemos todos; que salió de España, que vivió en Suiza y después... nada. Pero... ¿a qué viene esa pregunta?

Pepe. ¿No te reirás si te hago una confesión del alma? Amo a Gabriela, Alvaro, en imagen, a distancia; tal vez separándonos la muerte o la indiferencia, más cruel que la muerte misma. La amo en espíritu, con un raro amor de arrepentimiento y de expiación.

Alvar. Pero... ¿y Angustias? ¿no vives con Angustias?

Pepe. Y eso es lo extraño; que adorando a Gabriela quiero a Angustias.

Alvar. Pero ¿qué dices? ¿estás loco?

Pepe. Quizás sí; que cuando el amor llega tarde, deja de ser pasión de hombres para convertirse en quimera de locos.

Alvar. Tú no has querido nunca a Gabriela.

Pepe. Antes no, ¡pero ahora!

Alvar. Bah, bah, no estás bueno.

Pepe. ¿No lo comprendes, verdad? Tampoco yo, tampoco ella lo comprendería, pero es lo cierto. Escucha. El pasado lo conoces todo. No tengo que repetirte que yo fuí a Gabriela por ambición, por afán de riquezas y de lujo, por servirme de su nombre y de su fortuna para escalar la gloria. Era mi sueño y para mí,

entonces, no existía otra palabra que esa: ¡Llegar! ¡Llegar! ¡¡Y llegaba!! Y en el umbral mismo de la fortuna y de la suerte se interpuso Angustias. A estar solos, en aquel momento no hubiera vacilado: la mataría. Pero habló Gabriela, la mujer despreciada, humillada, y su amor roto y herido en lo más santo, no tuvo otra venganza que perdonarme. De cómo salí de aquella casa, no quiero que lo sepas. En la calle, brutalmente, cobardemente, abofeteé a Angustias. Y no fué por amor, por despecho de amor, no; fué por vileza, por rabia. No era para mí la mujer que reclamaba su honra, era el obstáculo que torcía mi ambición. Y decidí no verla jamás. Pero al día siguiente me trae el correo una carta de Gabriela. Mírala. (*Saca del cajón de la mesa un pliego.*)

Alvar. No, déjala, no te muevas.

Pepe. Oye este párrafo. «Porque te amé con todo el amor de mi alma, porque al querer odiarte te amaría más, y tu recuerdo en mi corazón sería mi pena y mi vergüenza, te perdono. Esa mujer te ama: nunca como yo, pero te ama. Y aunque no te quisiese, aunque de todas las mujeres fuese la peor, es la madre de tu hijo: vuelve con ella. Serás feliz o desgraciado, pero en la felicidad o en la desgracia es a ella a quien debes tener junto a ti. Es mi único ruego, mi única súplica. Hazlo. Te lo pide una mujer que, por amarte tanto, renuncia en ti a todo amor. Hazlo.»

Alvar. ¿Y desde entonces...?

Pepe. Vivo con Angustias.

Alvar Angustias te quiere, te ha querido siempre.

Pepe. Pero ¿cómo? ¿tú sabes cómo? Me quiere de un modo extraño, brutal; no es la mujer, es la hembra. Ni una delicadeza, ni una espiritualidad. Estoy enfermo, llevo una semana en que las noches me son cruelmente dolorosas; sufro, me retuerzo, maldigo. Y ella a mi lado; quieta, con los ojos muy abiertos, mirándose en los míos, como si se gozase en que con este martirio va mi cuerpo a perder gallardía, y mis ojos luz y mis labios fuerza para besar a otras mujeres. Es celosa, horriblemente celosa, con celo de hembra enamorada, que no es capaz por el hombre que ama de ningún sacrificio, pero que haría el de su libertad y su vida por ahogar a la que pusiese sus ojos en mí.

Alvar. Que extraño.

Pepe. Y sin embargo, por una ligereza mía, un mal negocio, estoy a punto de verme ante la justicia.

Alvar. ¿Eh?

Pepe. Sí, calla. Se trata de unas pesetas, mil quinientas, dos mil, bueno, las que sean. Ella tiene unas alhajillas, pocas y de valor escaso, pero alguna. Ni siquiera por lástima, por atención se ha ofrecido a ayudarme con ellas.

Alvar. ¿No?

Pepe. Cree que ese dinero, que ha sido la quiebra de un negocio, lo he gastado en otras mujeres, y su celo es tal que aunque siendo así, debía aceptar el sacrificio, no siéndolo, se niega a él.

Alvar. Bueno, y de ese negocio ¿qué pasa?

Pepe. ¿Para qué referirte detalles?

Alvar. Por si puedo...

Pepe. Es mucho dinero.

Alvar. Sin embargo, te puedo ayudar. Doscientas, trescientas pesetas, hasta quinientas.

Pepe. Gracias, gracias. (*Mirando a foro.*) Chist. Ella...

Alvar. ¿Angustias?

Pepe. Sí... calla... Y sobre todo no nombres a Gabriela...

(*Por foro Angustias con unos paquetes.*)

Angus. ¿Ha venío el médico? (*Al ver a Alvaro.*) ¿Eh?

Pepe. Mira, mi amigo Alvaro, de Bilbao, que ha venido a verme...

Angus. ¿De Bilbao? (*Con marcada intención.*)

Pepe. Sí, ¿no recuerdas que te he hablado de él muchas veces?

Angus. (*Saludándole.*) ¿Cómo está usted?

Alvar. Bien, ¿y usted?

Angus. Bien, pá servirle.

Pepe. ¿Y el niño?

Angus. Abajo se ha quedado jugando con los otros, con los de doña Antoñita. ¿Estás mejor?

Pepe. Esta tarde sí, me encuentro bastante bien.

Angus ¿Y usté, cómo le encuentra?

Alvar. Yo creo que lo que tiene Pepe no es nada. Un poco de decaimiento, cansancio...

Angus. No será por lo que trabaja.

Pepe. Sí trabajo, mujer, sí trabajo.

Angus. En lo que no debía. ¡No se quemase tó el papel del mundo!

Pepe. Angustias es enemiga de mi profesión. Cree ella que estas horas que paso sobre las cuartillas me aniquilan y me destrozan.

Alvar. Y tiene razón. Estando como estás no debías escribir.

Pepe. ¿Y qué hacer? Además, yo vivo así.

Angus. Miusté, a mí no me importa que no trabaje; mano sobre mano se tenía que estar tó el día, y yo bien a gusto que me lo pasaría pegá a la máquina. Pero eso que hace, le consume.

Alvar. Te convendría un mes de reposo. ¿Quieres venir a Algorta conmigo?

Angus. (*Rápidamente.*) No; le ha dicho el médico que no salga de Madri.

Alvar. Pues este clima... Madrid es insano.

Angus. Por eso nos hemos mudao aquí, a la verita de la Moncloa.

Pepe. Por eso, y por pagar menos casa ¿sabes?

Alvar. Es verdad, que vives donde Cristo dió las tres voces.

Angus. Y aún así no me le dejan en paz nunca.

Alvar. (*Levantándose.*) Si yo...

Pepe. No, hombre, no; no lo dice por ti... lo dice por... ¿verdad, Angustias, que no lo dices por...?

Angus. No lo tomen ustés tan a pecho; una habla porque está ya harta de sufrir, y este hombre... yo no sé qué tiene, que tos se lo rifan. (*Dentro se oye una voz de mujer.*)

Voz. ¡Angustias! ¡Angustias!

Pepe. Te llaman.

Angus. Es la portera. Otra que tal.

Voz. ¡¡Angustias!!

Pepe. Vé a ver qué quiere, mujer.

Angus. ¡Ya voy! (*Váse por foro.*)

Pepe. ¿Ves? ¿ves? No es el anhelo de la mujer que ansía que no trabaje el amante enfermo, es el celo de la hembra que se duele de que en las cuartillas de mis obras, dé vida y forma a otras mujeres.

Alvar. Sí, pero de eso a que mi visita le estorbe, le moleste.

Pepe. No es por ti, Alvaro, es por miedo que, viniendo de Bilbao me traigas noticias de ella, o de la otra o de cualquier otra.

Alvar. Eres un mártir.

Pepe. ¿Ves cómo sí lo soy? Es mi castigo; la expiación de mi culpa.

Alvar. ¡Pobre amigo mío!

(*Por foro sale Angustias.*)

Angus. Oye, que ahí hay un señor, que la señá Juana no le entiende, que pregunta por ti.

Pepe. ¡Ah, será William!

Angus. Eso creo que ha dicho que se llama. ¿Le digo que no estás?

Pepe. No mujer, si sabe que estoy enfermo. Que suba, que suba.

Angus. Bueno. (*Yéndose por foro.*)

Alvar. Yo me voy. Quiero dejaros...

Pepe. No, quédate. Indícale tú a William algo de mi situación, a ver si él puede...

Alvar. Lo haré.

Pepe. ¡Qué bueno eres, Alvaro!

(*Por foro Angustias y después, de americana, William.*)

Angus. Aquí lo tienes. Voy a sacarte un poco de caldo. ¿Quieres unas sopas?

Pepe. Lo que quieras, como quieras. (*Váse Angustias por izquierda.*) Sal a recibirlo, Alvaro; pásalo aquí.

(*Se levanta Alvaro y entra William con él.*)

Willi Oh, mí estar mocho encantado de ver a osté otro ves.

Pepe. Amigo William, vengan esas manos.

Willi. Mochos grasias, señor, de haberme acompañado. Ya conozco a osté también de Bilbao.

Alvar. Sí, ya tuve allí el gusto de saludarle.

Willi. En día no mocho, no mocho de contentamiento ¿eh?

Alvar. El de la boda de Pepe.

Willi. Osté no saber lo perfectamente que hiso en no casamientarse. A este hora no estaría osté tan completo de satisfasión. Ya tendría tres, cuatro pequeñitos alrededor.

Pepe. Hace sólo dos años, William.

Willi. Es verdad: he metido la pato. Perdón.

Alvar. Y ¿para mucho en Madrid?

Willi. Uno semana. Mi ser... ¿cómo dise refrán andaluso? No recuerdo... Ah, sí... Mi ser... no puedo desirlo claramente ¿eh? pero mi ser... eso... de mal asiento.

Alvar. Ah, sí. Ja, ja, ja.

Pepe. Entonces puedo felicitarme de haber acertado al escribirle.

Willi. Yo soy el felisitado por volver a ver a osté. Pero me parese que osté no estar mocho bueno.

Pepe. Nada William.

Alvar. Un poco delicado.

Willi. ¿Enamoramienta?

Pepe. No.

Alvar. Sí, diga usted que sí.

Willi. Osté no quiere seguir mi conseja. Muquer ninguna merese el más pequeño dolor de cabesa.

Alvar. A Pepe no es la cabeza, es el corazón.

Willi. Mocho peor. En cabesa ata fuertemente un pañuelo y ya está aliviado. Corasón ni atado

con maroma de vapor puede suquetar. El organismo humano sería perfecto si Dios hubiera olvidado crear el corasón.

Alvar. Pero ¿es posible, mister, que no se haya enamorado usted nunca?

Willi. Mí no creer nesesario que yo repita mi historia de enamoramienta fracasado.

Pepe. Dichoso usted.

Alvar. Sí, en realidad dichoso.

Willi. Bien. Osté me dirá en qué quiere y puede utilisarme. Su carta parese un poco apremiante.

Pepe. Perdone usted, William, que sin mediar entre nosotros más que una amistad superficial.

Willi. Protesto. Mi amistad con hombres ser siempre firme, siempre profunda.

Pepe. Gracias, gracias.

Alvar. Amigo William, Pepe está enfermo y no puede fatigarse con el relato de sus necesidades. El caso es urgente y grave. Un negocio quebrado, una demanda judicial y un plazo de horas para pagar una cantidad que no tiene.

Willi. Oh, mí estar a su disposición. (*Sacando la cartera.*)

Pepe. Gracias, gracias.

Willi. ¿Cuánto?

Alvar. Tú dirás.

Pepe. Son dos mil setecientas pesetas. Yo tendré unas doscientas...

Alvar. Yo le añado quinientas.

Willi. Dosientas e quinientas, setesientas. (*Con pena.*) Faltan dos mil pesetas.

Alvar. Eso, dos mil pesetas.

Pepe. A devolver tan pronto termine yo esta obra.

Willi. (*Después de una pausa.*) Mí estar poseído en este momento de un terible sentimiento.

Pepe. ¿Eh?

Willi. (*Profundamente afectado.*) Mí no poder complaser a osté.

Alvar. ¿Cómo, William, usted...?

Willi. Mí esta noche pasada ir de cachiponda con tres muqueres, mí bebe champagne, mí juega e pierde sinco mil pesetas. Esta mañana telegrafié coresponsal de Londres rogándole envío de otras sinco mil que hasta pasado mañana no llegan.

Pepe. ¡Oh!

Willi. ¿No es posible esperar?

Pepe. No, William, no.

Willi. Entonces mí entrega a osté seissientas pesetas con toda sentimienta. No poder más. (*Dándoselo.*)

Pepe. Gracias, de todos modos, gracias, William. Yo veré si es posible.

Alvar. No me has dicho que Angustias...

Pepe. Sí, pero...

Willi. Ah, Angustias, ser nombre de muquer. ¿Es cuestión de faldas? Mí entonses no dar un sentima.

Pepe. No, William, no.

Willi. ¿Palabra de honor?

Pepe. Palabra.

Willi. Entonces... Va osté permitirme yo vea un amigo que fasilite la otra cantidad. Hasta luego o hasta mañana a primera hora.

Alvar. Yo también me voy con usted.

Willi. Muy honradísimo. Pepe. (*Despidiéndose.*)

Pepe. Yo no sé cómo agradecerle a usted... a ustedes...

Alvar. Nada, no hay que hablar de eso. Adiós.

Pepe. Adiós, Alvaro. ¿Vendrás mañana?

Alvar. ¿A qué hora no está ella?

Pepe. Ven a cualquiera.

Willi. Amigo mío, adiós. Si algún día, estando yo fuera de España, nesesita osté de mí, yo pongo a sus órdenes mi cuenta coriente, mi mano de amigo y mi corasón de hombre. Mas si yo sé que osté recure a mí por una muquer, nunca, nunca, nunca. (*A Alvaro.*) Cuando osté quiera.

Pepe. Adiós, William.

Willi. (*Aparte a Alvaro.*) ¿Osté cree que no es cuestión de faldas?

Alvar. No, palabra.

Willi. Mí entonses va satisfecho.

Alvar. Pero, ¿por qué es usted así?

Willi. Porque soy así, no lo sé. Tal ves sea el único hombre que no crea en el amor de una muquer, pero prefiero no creer a verme como se ve este amigo nuestro.

Hasta mañana, Pepe, hasta mañana, y no olvide osté mi conseja: ninguna, ninguna merese que osté llore como está llorando ahora. Buenas tardes, buenas tardes.

(*Vánse por foro. Por izquierda Angustias.*)

Angus. ¿Se fueron ya?

Pepe. Sí.

Angus. ¿Qué tienes?

Pepe. Nada.

Angus. Nada, ¿pues, por qué lloras? ¿Te han hablao de alguien, verdá? ¿de ella?

Pepe. ¡Angustias!

Angus. Tú no lloras nunca, ¿por qué ibas a llorar ahora? ¿Es que la querías? Te la han recor-

dao y... ¡la culpa la tiene una de cegar así por un hombre!

Pepe. Te juro que no me han dicho ni una palabra de nada. Hubiera sido poco piadoso.

Angus. Claro, como que hubiera sío removerte la hería.

Pepe. ¡Angustias! ¡Angustias!

Angus. Tómate un caldo. Ella también hubiera tenío el cuidao de dártelo.

Pepe. ¡Qué tormento!

Angus. Pues si te atormento, ¿por qué no me dejas?

Pepe. Mujer.

Angus. No me llames por mi nombre; ¿para qué? Diciendo Angustias es a mi sola a la que nombras; diciendo mujer, puedes nombrar a muchas.

Pepe. ¡Basta! ¡basta! Acabarás por desesperarme.

Angus. Eso, ríñeme encima. Después que una no vé más que por tus ojos.

Pepe. Pero ¿cómo eres, Angustias, cómo me quieres, que cada frase tuya es una dentellada que me das al corazón?

Angus. ¿Cómo te quiero? No sé. Más que como una mujer, como una fiera, como una loba; te quiero ná más pá mí sola; así te quiero.

Pepe. Y así me tienes.

Angus. No.

Pepe. Sí, te juro que sí.

Angus. Júrame que no te acuerdas de ella.

Pepe. Te lo juro.

Angus. Y que no te duele haberla dejao.

Pepe. Te lo juro.

Angus. Y que la aborreces.

Pepe. Te lo... ¡no! ¡no! y ¡no!

Angus. ¿Ves? ¿ves? (*Rompiendo a llorar.*) ¡Maldito seas!

(*Por foro Zavala el doctor.*)

Zavala. ¿Qué es eso? ¿qué pasa?

Pepe. Doctor, doctor, ¿no hay nada que mate de una vez?

Angus. Sí, déselo usté, si hay algo; pero démelo usted a mí también. (*Váse por izquierda.*)

Zavala. Pero, ¿qué tienen ustedes? ¿qué les pasa?

Pepe. Nada, nada.

Zavala. A ver ese pulso. (*Tomándolo.*) Claro, alteradísimo. Y esos nervios en tensión (*Auscultándole.*) y ese corazón hecho una furia.

Pepe. Pero, ¿aún tengo corazón, doctor?

Zavala. ¡Qué pregunta! Ya lo creo que lo tiene.

Pepe. ¿Qué gesto ha hecho usted? ¿por qué me mira usted así?

Zavala. ¿Quiere usted seguir mi consejo?
Pepe. Dígalo.
Zavala. Ya sabe usted que soy médico del Sanatorio de la Cruz. (*Yendo hacia la ventana.*) Desde aquí se vé. Es difícil ocupar plaza no siendo pobre de solemnidad, pero yo interpondré mi influencia para que mañana ingrese usted en él.
Pepe. ¿Tan malo estoy?
Zavala. Necesito que lo vean mis compañeros, y si estamos de acuerdo, realizar en usted una operación que ha de dejarlo completamente sano y bueno. ¿Irá usted?
Pepe. ¿Puede venir ella?
Zavala. Sí.
Pepe. Entonces...
Zavala. Veo que es usted razonable. Y como su pobre mujer lleva muchas noches sin dormir, y como yo necesito que le vele persona entendida, porque temo la presentación de un nuevo proceso en la enfermedad, he ordenado que del Sanatorio le presten asistencia esta noche. No deben tardar, porque ya di el encargo al médico de guardia.
Pepe. Gracias, muchas gracias.
Zavala. Mañana lo trasladaremos a usted.
Pepe. Bien, sí, sea.
Zavala. Y ahora, acuéstese un rato. Y que no se repita la escena anterior ¿eh?
Pepe. Está bien, doctor.
Zavala. Hasta mañana.
Pepe. Adiós, hasta mañana.
(*Por izquierda Angustias que ha sorprendido la conversación.*)
Angus. No irás al Sanatorio, ¿verdad?
Pepe. Sí, mujer; ya has oído que es para curarme.
Angus. ¿Y me dejas?
Pepe. No; si ya has oído también que puedes estar conmigo. ¿Dónde vas?
Angus. A ver qué hace el chico.
Pepe. ¿No lo subes hoy tampoco?
Angus. No, de noche no, no quiero que te moleste.
Pepe. Oye, antes de irte coge ese dinero y guárdalo.
Angus. ¿Quién te lo ha dao?
Pepe. Esos amigos.
Angus. ¿Ellos?
Pepe. Sí, mujer; ellos. Antes vino Martínez y me dijo que ese asunto no tiene arreglo, que o se paga mañana o voy al juzgado. Pedí a

esos amigos, y ahí tienes. Ya sólo nos faltan mil trescientas pesetas.

Angus. Mira tú que necesidá había de esto. Si tú fueras un hombre como es debido. Las mujeres te pierden.

Pepe. ¿Otra vez?

Angus. Como que ha sío por ellas. ¿Y de dónde vas a sacar las otras mil trescientas pesetas?

Pepe. Había pensado que tú... esas alhajillas...

Angus. ¿Yo? ¿Taparte yo las faltas de otras? ¡vamos! (*Despectivamente váse por foro.*)

Pepe. ¡Mala! ¡Mala! ¡Mala!

(*Por foro. Después de una pausa Juana.*)

Juana. Don José, don José.

Pepe. ¿Qué?

Juana. Ahí le buscan.

Pepe. ¿Quién?

Juana. De parte del médico. No sé quién; ha tomado el chico el recao.

Pepe. Pues ayúdeme usted a ir a la alcoba, y que pasen.

Juana. Vamos. (*Llevándole trabajosamente hacia izquierda.*) ¿Ande está ella?

Pepe. Bajó a ver al niño a casa de doña Antonia. (*Vánse por izquierda y dentro se oye la voz de Juana diciendo,*)

Juana. Sí, sí, descuide usté. (*Sale Juana, va hacia el foro y llamando desde la escalera espera a que suba Gabriela vestida de hermana de la Caridad.*) Pase, pase.

Gabri. Gracias. Dios se lo pague.

(*Al oir la voz y después de haberse marchado Juana, la voz de Pepe se oye dentro.*)

Pepe. ¿Eh? ¡Esa voz! ¡Gabrie... (*Saliendo.*) ¡Gabriela! (*Al verla.*) ¡¡Gabriela!! (*Queda frente a ella.*)

Gabri. ¡El!

(*Pausa larga. Pepe avanza hasta la silla y se apoya en ella.*)

Pepe. Gabriela, ¿tú?

Gabri. Hermano, no está usted en su razón.

Pepe. ¿No eres tú Gabriela?

Gabri. No. Y si una mujer hubo de ese nombre, a la que usted invoca creyendo verla en mí, olvídela. Quien se acerca ahora a usted no lleva nombre, ni recuerdo del mundo. Es una hermana de la Caridad, a quien por caridad se mandó a esta casa, y que confía en la de usted para ella.

Pepe. ¡Dios mío! pero... ¿es que ya no ven mis

ojos? ¿es que ya no rige mi cerebro? ¿estoy loco acaso?

Gabri. No, hermano; un loco no es razonable, y usted sí va a serlo, ¿verdad? Vuelva a acostarse; yo quedo velándole en esta habitación, y cuando el dolor llegue a su cuerpo o a su alma, llámeme, pero no me llame Gabriela, que no le responderé; dígame Sor Piedad, Sor María de la Piedad.

Pepe. (*Aparte, alegrándose.*) ¡Es ella! ¡es ella!

Gabri. (*Con santa resignación.*) ¡Señor, si faltaba esta prueba para merecerte, apiádate de mí, pero cúmplase tu voluntad! (*Alto a Pepe.*) Ande, hermano, apóyese en mí y venga. (*Se acerca a él.*)

Pepe. No, aquí, aquí, y tú, sombra, mujer o lo que seas, aquí también junto a mí para que escuches al corazón que asomando a los labios te dice: ¡Gabriela, mi Gabriela, perdóname y ámame!

Gabri. Basta, basta, hermano.

Pepe. No, que aún necesito que sepas que yo te quiero, Gabriela, te quiero sobre todas las mujeres, sobre todos los amores. Vuelve a mí; que ahora te necesita mi alma más que nunca, porque tú eres la luz que la ha guiado siempre. Vuelve a mí, Gabriela, y perdóname y ámame.

Gabri. Nunca.

Pepe. Vuelve a mí, siquiera en caridad.

Gabri. Por ella vine a esta casa y por ella me tiene a su lado. Pídame cuanto quiera en caridad, pero yo le suplico, hermano, yo le suplico... (*Aparte.*) ¡Oh, Dios mío, no puedo más, no puedo más!

Pepe. Gabriela, amor mío, mi Gabriela...

(*Por foro muy agitado Martínez.*)

Mart. Pepe, Pepe... (*Al ver a Gabriela*) Ah, perdone, hermana. ¿Qué es eso? ¿está usted peor?

Pepe. No, no, ¿qué pasa?

Mart. Puedo hablar delante de...

Pepe. Sí, hable.

Mart. Todo es inútil. O paga usted mañana a las ocho o al juzgado, a la cárcel.

Ga. y Pepe. ¿Eh?

Mart. ¿Ha venido su amigo?

Pepe. Sí.

Mart. ¿Y cuánto han reunido?

Pepe. Mil cuatrocientas pesetas, ahí lo tiene usted. (*Señalando el cajón.*)

Mart. Faltan mil trescientas, ¿qué hago?

Pepe. No sé, nada.

Mart. Es su perdición.
Pepe. No importa.
Mart. Yo haré cuanto me sea posible, todo antes que la deshonra. (*Habla aparte con Pepe.*)
Gabri. (*Aparte como si se preguntase.*) ¿Será pecado, Dios mío? No, no. (*Llamando.*) Señor, señor.
Mart. ¿Llama usted, hermana?
Gabri. Sí. Nosotras no sé si podemos hacer lo que yo hago ahora; creo que sí... mas, por si con ello no ofendo a Dios, ya que limpia de toda impureza está mi idea; si con esto se salva una honra y una vida...
(*Por foro asoma Angustias que queda rezagada oyendo.*)
Pepe. ¡Gabriela!
Gabri. (*Quitándose del cuello el medallón.*) Tome. Es mi única fortuna. Era de mi madre y por ser de ella lo conservaba. En su memoria, tome. (*Al ir a tomarlo Martínez, Angustias, como una fiera, salta sobre él y coge el medallón.*)
Angus. No, de esa mujer, no.
Mart. ¿Eh?
Angus. ¡Es ella! ¡es ella! (*Al reconocerla.*) No, no se lo lleva. Para quererle a él, para salvarle a él, me basto yo sola. (*Hace ademán de tirarlo por la ventana, pero Pepe la detiene.*)
Pepe. Trae, trae.
Angus Es de ella. No lo tomes. Echala, échala.
Gabri. ¿Por qué me habla usted así, hermana?
Angus. ¿Y cómo quié usté que la hable?
Pepe. A esta mujer, a esta santa, se le habla así. (*Tomándola de un brazo y humillándola.*) De rodillas, Angustias, de rodillas. (*Y la obliga caer a sus pies, mientras en los ojos de Gabriela, humedecidos, parece reflejarse un amor que vuelve.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

Galería de un Sanatorio. Al foro ancho pórtico practicable sobre el que se lee «ORATORIO». Al abrirse las puertas fondo de capilla, con altar, imagen, velas, flores y lámpara encendida. Seis reclinatorios en el interior.

Galería de cristal a ambos lados del pórtico, que se quiebra y pierde a la izquierda. Puerta en primer término izquierda con un letrero «SALA DE VISITAS». Puerta a la derecha «COMUNIDAD».

Dos bancos de madera adosados a las paredes laterales, cuadros religiosos y algunas sillas. Es de día.

El PADRE MIGUEL que sale por 2.ª izquierda y SOR MARIANA por derecha. Ambos viejos.

P. Mig. Buenos días, Sor.

Sor M.ª Buenos días, padre Miguel.

P. Mig. ¿Quiere llamar a Sor Piedad? He de decirle que ese enfermo, al que generosa y cristianamente dió su sangre y restituyó a la vida, espera su venia para darle las gracias.

Sor M.ª Gran día el de hoy para Sor Piedad. Ha de renovar sus votos. Estará preparando su espíritu.

P. Mig. No, está en la clínica. Llámela.

(Por 2ª izquierda Zavala seguido de Maruja y Consuelo muy elegantes.)

Zavala. Buenos días, Sor Mariana; adiós, padre Miguelito.

Sor M.ª Buenos días.

P. Mig. Hola, doctorcete.

Zavala. ¿Y Sor Piedad?

P. Mig. En la clínica.

Zavala. Le traigo una visita. Las señoritas de Aznares. Sor Mariana, superiora del Sanatorio. El padre Miguelín, capellán de la casa. *(Se saludan respetuosamente.)*

Maruj. Tanto gusto.

avala. ¿Quiere usted avisar a Sor Piedad, hermana?

or M.ª A eso iba. Con permiso. (*Váse por izquierda Sor Mariana.*)

. Mig. Siéntense, háganme el favor.

avala. ¿Y nuestro enfermo?

. Mig. Bien, muy bien. Ya esta mañana confesó y comulgó.

avala. Le hemos hecho un hombre.

. Mig. Gracias a Dios.

avala. Y a la ciencia, padre Miguelito, que si los hombres modernos no hubieran descubierto esa maravilla de la cirujía, nuestro enfermo sería ya ceniza.

. Mig. A los hombres los inspira Dios.

avala. Pues no hemos de reñir. Sea para Dios la gloria. (*A Maruja.*) ¿No sabían ustedes?

laruj. ¿Lo de Gabriela?

avala. Sí, lo de Sor Piedad.

onsu. Por los periódicos. Papá está maravillado.

. Mig. Fué un sacrificio hermoso.

avala. Tragimos al Sanatorio un enfermo de cuidado. Un muchacho joven, fuerte, en la plenitud de la vida, y que de pronto, por grandes pérdidas de sangre, se nos quedaba de un momento a otro. Celebramos consulta y convenimos en que el único medio de salvarle era inyectar en sus venas sangre sana y limpia. El caso era poco corriente y, sobre todo, nos percatamos en seguida de lo difícil que sería hallar quien se prestase al sacrificio.

. Mig. En esta casa no hubiera faltado nunca quien. Yo mismo...

Zavala. Ya lo sé, padre Miguelito, pero nos era necesaria una persona joven.

Maruj. ¿Y se ofreció Gabriela?

Zavala. Sí.

Consu. ¡Qué mujer!

Zavala. Se ofreció tenazmente; rehusamos en principio, pero no hubo medio de negarse. Insistía con verdadero ahinco. Se hizo la transfusión, y tan a maravilla fué todo, que nuestro hombre tiene desde ayer el alta y la piadosa hermanita se encuentra en perfecto estado de salud.

Consu. ¿Pero ella le conocía?

Zavala. No. Y lo que es más. Desde entonces se ha negado a verle. Quiere evitar que le dé las gracias quien le debe la vida. Yo he intentado varias veces lograrlo y...

P. Mig. Yo he sido más afortunado.

Zavala ¿Usted?

P. Mig. Sí. Hoy no podía Sor Piedad negarme nada.

Se lo pedí y accedió.

Maruj. Gabriela fué siempre una mujer excepcional.

Consu. A mí me recordó el primer día que la vi con las tocas a Santa Teresa de Jesús, no le faltaba más que la palomita.

(*Por izquierda Sor Mariana y Gabriela.*)

Sor M.ª Aquí la tienen.

Maruj. (*Yendo hacia ella.*) ¡Gabriela!

Gabri. ¡Ah! ¿sois vosotras? (*Con alegría.*)

Sor M.ª Padre, haga la caridad de venir.

P. Mig. Con permiso.

Sor M.ª Sor Piedad les enseñará la casa si desean verla.

Consu. Muchas gracias, hermana.

Sor M.ª Queden con Dios.

Zavala. Voy con ustedes. No les agradezca usted Sor Piedad el haber venido ¿eh? Si no es por mí no suben.

Maruj. Temíamos molestarte.

Gabri. ¿A mí? ¡nunca!

P. Mig. ¿Viene usted, doctor?

Zavala. Sí. Hasta ahora ¿eh? Porque supongo que se quedarán ustedes a la misa de renovación.

Consu. Iremos por papá y volveremos.

Zavala. Pues hasta luego.

Consu. Adiós, Zavala. (*Váse por derecha.*)

Gabri. ¿Le conocíais?

Maruj. Sí. Fué nuestro médico. Es muy listo.

Gabri. Y muy sabio.

Maruj. Ya nos ha contado tu heroísmo.

Gabri. Nada, eso no es nada.

Maruj. Lo supimos en Bilbao, y papá dijo que en cuanto se abrieran las Cortes, pediría para ti la cruz de Beneficencia.

Gabri. ¿Para mí?

Maruj. La mereces, hija, la mereces.

Consu. Como que yo quiero mucho a Diego, pero si me exigieran una cosa así... que sé yo.

Gabri. Lo harías, es muy sencillo.

Consu. ¡Uy! ¡dejarse pinchar y sacar la sangre! ¡qué horror!

Gabri. Diego se llama tu marido.

Consu. Sí, Diego Montero, tú lo conoces.

Gabri. No recuerdo.

Maruj. El pintor, el célebre pintor.

Gabri. Ah, sí, ya caigo. Muy buen muchacho.

Consu. Gracias en su nombre.

Gabri. ¿Serás feliz?

Consu. Hasta ahora, sí. No tiene más que un defecto. Que se recoge de madrugada.

Gabri. ¿Y tú? ¿no te casas?

Maruj. En julio. Ya está hecha la petición.

abri. Ya sabréis que tita Carmen...

onsu. Sí, hija, sí, supimos la boda...

abri. Yo me alegré muchísimo. Papá se quedaba tan solo... Además, al faltar yo de casa, tita Carmen y papá no podían seguir viviendo juntos. La gente es maliciosa y nunca hubieran pensado que el cariño de los dos a la pobre mamá hubiera sido el dique del respeto entre sus almas.

onsu. Sí, ya sabemos también que en otro tiempo doña Carmen y el Marqués se quisieron.

abri. Fué cosa de niños; allá, en su primera juventud.

onsu. Y tan de la primera juventud, como que el Marqués se casó con tu madre siendo ambos unos chiquillos.

abri. Tita Carmen también estuvo a punto de casarse con un general. Pero murió mamá, papá quedó enfermo, yo era una niña y tita Carmen renunció a su boda por atendernos y cuidarnos. Ha sido una santa. Ahora, al verse solos, sin mí, volvió a ellos el amor, que parecía muerto, y se han casado. Son felices y bien merecida tienen la felicidad.

aruj. Todos podíais serlo.

abri. Y lo somos.

aruj Pero ¿y la tristeza de ver, ellos, que tanto te quieren, consumirse tu juventud entre estas cuatro paredes?

abri. Saben que estoy contenta y eso les basta.

onsu. No viven ya en España ¿verdad?

abri. No, los negocios de papá están ahora en América y allí residen. Pero están de paso en Madrid. Han venido para asuntos de la testamentaría de la abuelita.

onsu. ¿Te han visto?

abri. Ya lo creo. Y hoy vendrán otra vez. Embarcan en Coruña el viernes.

aruj. Nos gustaría verlos.

abri. Si os esperáis un poco; ya no tardarán.

aruj. Ah, sí, sí, nos esperaremos, ya lo creo. Ya sabes que a todos os quisimos mucho.

onsu. Muchísimo.

abri. Gracias.

onsu. Lo único que nos apena es que tú no seas tan feliz como nosotras.

abri. Lo soy.

onsu. ¿En esta vida?

aruj. Sin embargo... casarse... vivir el amor de un hombre que se nos consagre por entero, consagrarnos nosotras a él...

Gabri. ¡Qué quieres! Dios lo ha dispuesto así.

Maruj. Pero vivir sin amor, como tu vives.

Gabri ¡Sin amor! Dices que vivo sin amor cuando es por amor por lo que vivo.

Maruj. ¿Tú?

Gabri. Sí.

Consu. Pero es amor a Dios.

Gabri. ¿Y en quién mejor se puede depositar el cariño?

Maruj. Di que sí, Gabriela; y sobre todo, que hiciste muy bien en no casarte con aquel perdido.

Gabri. ¿Eh?

Consu. Tú no sabes lo que dicen de él.

Maruj. Hay quien asegura que está en la cárcel.

Gabri. No está.

Consu. Parece que te alegra que no lo esté. Pues lo merecía.

Gabri. No la merecería nadie si las otras gentes no nos enseñasen a ser malos.

Maruj. Entonces, ¿sabes de él?

Gabri. Sí.

Maruj. Y ¿le quieres aún?

Gabri. En su desgracia y en su dolor, es para mí un ser que sufre y que necesita consuelo; nada más.

Consu. ¿Le has visto?

Gabri. Sí.

Consu. ¿Vive con la otra?

Gabri. Sí.

Consu. ¿En Madrid acaso?

Gabri. En Madrid hasta hoy. Desde mañana muy lejos de Madrid. Ya no es lo que fué. También dentro de poco he de verle, para no verle más.

Maruj. Entonces ¿vendrá aquí?

Gabri. No vendrá, porque está. Olvidáis que esta casa es un sanatorio, y que en él se recoge y consuela a todo el que sufre.

Consu. ¡Ah! ya caigo. ¿Ha sido a él... ha sido por él por quien hiciste...

Gabri. Sí.

Consu. ¡Qué escándalo!

Gabri. ¿Eh? ¿qué has dicho?

Consu. No, nada, nada...

Gabri. Por cualquier otro enfermo hubiese hecho igual.

Consu. Sí... claro... natural... (*Levantándose.*) ¡Qué hora tienes, Maruja?

Maruj. Las once y media.

Consu. Uy, lo que nos hemos entretenido. Y papá esperándonos.

Gabri. ¿Os vais? (*Al ver que se levantan.*)

Consu. Sí, nos espera papá.
Gabri. ¿Volveréis luego?
Consu. Sí, sí... Vámonos, vámonos. Adiós, Gabriela.
Gabri. Adiós.
Maruj. Adiós.
Consu. (*Aparte a Maruja.*) ¡Qué escándalo! ¡qué escándalo!
Gabri. Por aquí.
Consu. Sí, ya sabemos, adiós. (*Vánse por izquierda.*)
Gabri. Huyen. No comprenden que un amor pueda ser toda una vida, y que esa vida sea siempre tan pura y tan santa como es la mía.
(*Por derecha Zavala.*)
Zavala. ¿Se fueron?
Gabri. Sí, doctor.
Zavala. Volverán luego con el papá. Y usted hermanita, ¿cómo se encuentra?
Gabri. Bien, muy bien; gracias a Dios.
Zavala. Conque ¿va usted a ver a su enfermo, eh?
Gabri. Ha insistido tanto el padre capellán.
Zavala. Tiene usted el deber de recoger la gratitud de sus propios labios.
Gabri. ¡Por Dios!
Zavala. Gracias a su sacrificio, a la sublime abnegación de su sacrificio, ese infeliz puede hacer frente a la vida con el nuevo bautismo de su sangre.
Gabri. ¿Cree usted?
Zavala. Sí; ya no hay peligro. Le hemos arrancado una presa segura a la muerte.
Gabri. Sería esa la voluntad del Señor.
Zavala. Pero, ¿no le alegra a usted, hermana, haber ayudado esta vez a la ciencia a salvar a un hombre?
Gabri. No he de alegrarme, doctor, no he de alegrarme.
Zavala. Y ¿cuándo es la entrevista? Sería curioso presenciarla. Un hombre que vive gracias a la abnegación heroica de una mujer desconocida, a la que aunque por devoción de su alma quiera amar, no podrá nunca...
Gabri. ¡Doctor!
Zavala. Y una mujer, que comprendiendo y sabiendo la grandeza de su sacrificio lo empequeñecerá ante la idea de la caridad cristiana. Sería curioso.
Gabri. Pues yo le autorizo para satisfacer su curiosidad.
Zavala. ¿De veras?
Gabri. De veras.
Zavala. No, no quiero turbar con mi presencia acto.

tan noble. Sean para usted, hermana, todas las gratitudes de ese hombre, y sean para él, todos sus consuelos. (*Váse por izquierda.*)

(*Por derecha Sor Mariana.*)

Sor M.ª Sor Piedad, tiene visita.

Gabri. ¿Quién?

Sor M.ª Sus padres. ¿Quiere recibirlos aquí o en la sala?

Gabri. Aquí mismo, madre. (*Váse Sor Mariana por 1ª*

(*A poco por izquierda Sor Mariana con Marqués y Carmen.*)

Sor M.ª Pasen por aquí. Aquí los tiene. (*Vase por dederecha.*)

Gabri. (*Abrazándolos.*) ¡Padre! ¡Madre!

Carmen. Hemos estado antes. Nos dijeron que no era hora...

Gabri. Para vosotros siempre. Es que no os anunciaríais.

Marqu. Cosas de ésta. Quería darte la sorpresa.

Gabri. Sentarse, ¿no os sentáis?

Carmen. No. Venimos a darte una mala nueva.

Gabri. ¿Vosotros?

Marqu. Sí.

Carmen. Antonio acaba de recibir un cablegrama de Bogotá. Una gran noticia.

Gabri. ¿Y es mala para mí?

Marqu. Porque nos obliga a marchar antes del viernes.

Gabri. ¿Mañana?

Carmen. Hoy. En seguida. El tiempo justo para despedirnos y bajar a la estación.

Gabri. ¡Qué pena! Y no podíais...

Marqu. Imposible.

Carmen. Y tu padre quiere que esta pena que a todos nos llega por igual, acabe de una vez.

Gabri. ¿Y cómo?

Marqu. Gabriela, hija mía, hija querida y mártir; dos años de separación, de tristeza, de incertidumbre y de dolor, son ya bastantes. Yo estoy muy viejo, vivo separado de ti por tan grande distancia que este abrazo puede ser el último que me des.

Gabri. ¡Padre! ¡padre!

Carmen. No tienes derecho a sacrificar así tu vida; y todo por un simple desengaño.

Marqu. Si todas las mujeres hicieran lo que tú, porque un novio se les va...

Gabri. Papá, por Dios.

Marqu. Por él venimos a suplicarte, tu tía Carmen, tu madre de hoy, y yo...

Gabri. No, lo que vais a pedirme, no.

Marqu. Vuelve a nuestro lado, deja esas tocas que, por

tristeza de tu corazón y para tormento del nuestro, son tu cárcel, y ven junto a estos viejos, que también tienen derecho a tus cuidados y a tus caricias.

Gabri. No, no. No me roguéis más; no puedo, no puedo.

Marqu. ¡Gabriela! ¡Hija!

Gabri. Perdóname, padre; perdóname tú también, santa y noble madre mía...

Marqu. Vuelve a nuestro lado.

Gabri. No.

Marqu. Vuelve, hija.

Gabri. No.

Carmen. Ahora estás a tiempo.

Marqu. Hoy mismo puedes hacerlo. Es la fecha de la renovación de tus votos; rómpelos.

Gabri. (*Con firme resolución.*) No, no, no. (*Pausa.*)

Marqu. Está bien. Entonces... adiós.

Gabri. (*Abrazándole.*) ¡Padre!

Marqu. Ven, ven.

Gabri. (*Soltándose.*) No. (*Con ternura.*) Pero sí quiero pedirte un favor, un último y gran favor en el que va, padre mío, toda mi alma. (*Pausa.*)

Marqu. Pide.

Gabri. Hay en esta casa un enfermo con quien tengo una deuda.

Carmen. ¿Tú?

Gabri. Dejadme hablar. Moribundo vino y yo le volví a la vida.

Carmen. Sabíamos tu hermosa acción con ese desgraciado.

Marqu. El admirable sacrificio que no has querido decirnos por no empequeñecer tu sublime rasgo.

Carmen. Sigue.

Gabri. No vive solo ese hombre. Tiene una... mujer, y un hijo de los dos. Son pobres. Se quieren, y carecen hasta de lo más preciso para vivir.

Marqu. Al salir dejaré a la superiora o al director una limosna para ellos. ¿Cuánto ha de ser?

Gabri. No es eso, es más. Puesto que yo le di la vida debo asegurársela. Padre, tus negocios en América requieren muchos hombres a tu servicio. Yo quiero que hoy, contigo, con vosotros, cerca siempre y para siempre de vosotros, vayan ese... hombre... y esa mujer... y ese niño.

Marqu. Irán.

Gabri. ¿De veras, padre mío, de veras?

Marqu. Y te prometo que nada ha de faltarles.

Gabri. Prométeme, también, que sea quien sea cumplirás tu promesa.

Marqu. Desde luego.

Gabri. (*Besándole las manos.*) Gracias, gracias.

Marqu. ¿Está en el Sanatorio?

Gabri. Sí.

Marqu. ¿Puedo verle?

Gabri. No... ahora, no. Yo he de hablar con él. Se lo diré y en mi nombre irá a presentarse a ti.

Marqu. Ya sabes que marchamos ahora mismo.

Gabri. Y él también.

Marqu. Pero al menos dinos su nombre.

Gabri. (*Con firmeza.*) José León de Arbueso.

Marqu. (*Sorprendido.*) ¿Eh?

(*Por derecha Sor Mariana.*)

Sor M.ª Sor Piedad; perdonen, señores; ¿tiene la caridad de venir un instante? El señor Obispo se marcha a su palacio y antes desea bendecirla. Es sólo un momento.

Gabri. ¡Padre! (*Yendo a abrazarle.*)

Marqu. Es él, es él...

Gabri. Me has prometido que sea quien fuere...

Marqu. No te comprendo, hija, pero te admiro.

Gabri. Adiós, mamá Carmen.

Carmen. Adiós, hija.

Gabri. Perdóname, padre.

Marqu. Te bendigo.

Gabri. Adiós. (*Al separarse dominados todos por una intensa emoción vuelven a abrazarse.*)

Marqu. ¡Hija!

Gabri. Lo cumplirás ¿verdad?

Marqu. Lo cumpliré.

(*Vuelve a separarse Gabriela y al verlos marchar por izquierda, como le faltan las fuerzas se apoya en Sor Mariana y rompe a llorar.*)

Gabri. No puedo más... no puedo más...

Sor M.ª ¿Qué tiene, Sor Piedad?

Gabri. Nada, madre, nada... nada.

(*Por derecha váuse Gabriela y Sor Mariana, sollozando aquélla y confortándola ésta.*)

(*Por 2 izquierda Pepe y padre Miguel. Aquél rejuvenecido, alegre, fuerte. Trae en las manos rosas rojas y blancas en profusión, en cantidad.*)

Pepe. Pero ¿es de veras, padre Miguelito?

P. Mig. Sor Piedad, para quien hoy el día es solemne y grande, ha accedido a mi ruego y al suyo.

Pepe. ¿Y va a recibirme? ¿Va a verme?

P. Mig. Va a verle a usted.

Pepe. Oh, gracias, gracias, ¿cómo podré yo pagarle?

P. Mig. Teniendo para ella palabras de respeto y de gratitud, y prometiéndome que en sus oraciones no ha de olvidar nunca a la que por usted

hizo tan hermoso sacrificio.

Pepe. ¡Olvidarla! ¿Sabe usted lo que dice, padre Miguel? Olvidar yo a mi...

P. Mig. Vamos, sosiéguese, sosiéguese. No es cosa de que le halle en intranquilidad de espíritu quien viene a confortarlo con su presencia. Sosiéguese. Y cuando la tenga ante sí, olvide que es una mujer y piense tan sólo que es una humilde sierva de Dios.

Pepe. ¿Por qué lo dice?

P. Mig. Porque no extreme sus gratitudes hasta ofender su modestia. Ella lo hizo por caridad cristiana, y la verdadera caridad no gusta de la gratitud excesiva. ¿Me lo promete usted?

Pepe. Se lo juro.

P. Mig. Pues tome asiento, que aún no se halla del todo bien y espere.

Pepe. No tarde usted por Dios.

P. Mig. Espere, espere. (*Váse por la derecha el padre Miguel, y Pepe dice.*)

Pepe. ¡Gabriela, mi Gabriela! ¡Santa mujer! ¡Alma sublime! ¡Corazón!

(*Por derecha padre Miguel y Gabriela.*)

P. Mig. Aquí le tiene. Sólo Dios sea testigo de este momento en que la más alta Caridad va a recibir el premio de su bondad.

Pepe. (*Aparte al Padre Miguel.*) Gracias, padre Miguel.

P. Mig. Ahí quedan ustedes. Sean breves porque a las doce comenzará la misa de renovación de votos de Sor Piedad. Dios les guarde. (*Váse por la izquierda. Pausa. Pepe se acerca y deja en las manos de ella la brazada de flores.*)

Gabri. (*Aparte.*) ¡Dame valor, Dios mío!

Pepe. (*Aparte.*) ¡Qué hermosa está!

Gabri. (*Después de una pausa y dejando las flores en una silla.*) Porque confío en que no ha de mezclar en sus palabras nada que signifique gratitud a lo pasado, accedí à recibirle, hermano. ¿Se encuentra ya bien?

Pepe. Sí.

Gabri. ¿Y dispuesto a abandonar esta casa hoy mismo?

Pepe. Hoy mismo.

Gabri. Pues oiga; al salir le será entregada una carta.

Pepe. ¿Tuya?... (*Sin poderse contener y rectificando.*) ¿Suya?

Gabri. (*Firmemente.*) Mía. Es una carta de presentación para una persona que inmediatamente le facilitará el dinero que necesite, el empleo que le acomode y los pasajes para embarcar a

América de usted, de su... mujer y de su hijo.

Pepe. ¡Gabriela!

Gabri. Acéptelo sin reparo y olvide a la persona que le hizo tal bien.

Pepe. Pero...

Gabri. Mañana o pasado mañana saldrán ustedes de España. Un nuevo porvenir se abre en su vida y debe usted seguirlo sin vacilar. Allá, en América, puede usted crearse una posición honrada y ser feliz. ¿Lo hará así, hermano?

Pepe. Lo haré.

Gabri. Tal creo; y si en cualquier instante de su vida, si en cualquier momento de ella siente flaqueza en el espíritu, vuelva los ojos al cielo y rece... rece, hermano, rece. (*Va a marcharse.*)

Pepe. ¡Oh! ¡pero...! ¿se va usted ya, Sor Piedad...?

Gabri. ¿Qué más puedo decirle?

Pepe. ¿Y me lo pregunta usted, hermana? ¿Y me lo preguntas tú, Gabriela?

Gabri. No siga, no siga. Creeré que no está en su juicio y llamaré.

Pepe. Sí, llama, grita; que vengan todos, que acudan todos, que entre todos me confundan por mi villanía, por mi infamia, pero que también todos sepan quién eres tú, sublime mujer que has sabido amar como ninguna, y que con cadenas del mismo amor te has hecho prisionera y esclava del amor tuyo. Grita, grita, que vengan esos hombres que ultrajan a sabiendas el cariño de las mujeres, para que vean tu ejemplo; que acudan esas mujeres que hacen juguete o mercancía del amor para que sepan lo que es amor. Aquí todos, todos, los descreídos, los desleales, los falsarios del cariño, los sin entrañas y los sin corazón, para rendirlos ante el tuyo, para humillarlos ante ti, mujer divina, mujer única, alma santa, alma de madre, alma de esposa, Gabriela, mujer de amor. (*Llorando queda vencido por el esfuerzo, reclinado en la silla preso de una convulsión de sollozos. Ella que asustada se había retirado acude a él solícita y alzándole en la silla y con voz dulcísima de perdón y de olvido le dice.*)

Gabri. Pero, hermano. ¿Usted olvida que tiene un hijo y una mujer y un deber para con los dos? ¿Cómo pretende que otra ocupe el puesto de esa madre?

Pepe. No lo es. (*Enérgico y firme.*)

Gabri. (*Asombrada.*) ¿Eh? ¿qué dice?

Pepe. La verdad, el secreto horrible de una verdad

que es mi vergüenza, mi estigma, pero que tú debes saber.

Gabri. Oh, no, no, calle, calle por Dios.

Pepe. Escucha, Gabriela. Aquella noche, la en que volví a verte en mi casa, cuando por impulso de todos mis sentimientos, castigué el insulto de Angustias humillándola ante ti, arrodillándola ante ti,... después de marcharte, mientras el dolor se cebaba en mi carne y en mi espíritu, aquella mujer, cruelmente horrible, volcaba en mis oídos la más espantosa sa de las confesiones: No es hijo tuyo, ese hijo—decía—te he engañado, te he ultrajado, he hecho contigo lo que tú pensabas hacer conmigo. No es tuyo, no es tuyo.

Gabri. ¡Dios mío!

Pepe. Yo me alcé de la cama, cogí su garganta, apretujé su boca que aún escupía la infamia y la hubiera matado, la hubiera ahogado allí mismo.

Gabri. Calle, calle.

Pepe. Pero pensé en ti, en que no me creerías vengador y sí infame, y solté su garganta, y dejé libres aquellos labios que repetían: No es tuyo, no es tuyo. Pensaba en ti y perdoné por ti.

Gabri. Hizo bien.

Pepe. Después ya has visto. Al día siguiente me trajeron aquí. Ella no vino. Los médicos dijeron que para salvar mi vida una persona tenía que darme su sangre. Y ella no vino. Sólo después, después de tu sacrificio, de tu abnegación, volvió a mi lado, y porque el día que volvió, pensé de nuevo en ti, no la arrojé de él. Hoy me espera. Cree que voy a seguir perdonándola y espera. ¡Que espere! ¡que espere! Que si tu quisieras, si tu creyeses esta verdad de su infamia y esta otra verdad de mi cariño, no me vería salir solo, sino contigo.

Gabri. ¡Hermano!

Pepe. No, hermano no. Esposo, esposo. Nada tienes, nada quiero; somos jóvenes, tenemos fe y cariño: ¿qué otra cosa podemos hacer que vivir? Vamos, Gabriela.

Gabri. No, no, no. ¿Y si no fuera cierto?

Pepe. Lo es.

Gabri. ¿Y si la infamia en vez de ser de ella fuera nuestra?

Pepe. No temas.

Gabri. ¿Y si...? No, déjame, vete... Déjeme, hermano, déjeme.

Pepe. Ya nunca, nunca.

Gabri. (*Aparte.*) ¡Dios mío! ¿qué hago?

Pepe. Ven, ven.

Gabri. ¿Dónde está... ella?

Pepe. Ahí, abajo, en las galerías.

Gabri Llámela.

Pepe. ¿Eh?

Gabri. Llámela. Y si es verdad lo que dice... si ella lo afirma...

Pepe. Oh, no, nunca. Ella lo negará.

Gabri. No importa. Yo sabré leer en su alma la verdad. Llámela.

Pepe. ¿Y después...?

Gabri. Espere.

Pepe. ¿Vendrás?

Gabri. Espere. Vaya a llamarla. Y que suba sola.

Pepe. Gabriela.

Gabri. Vaya. (*Vase Pepe por 2ª izquierda.*) Señor, vuelve a mí tus ojos misericordiosos e ilumíname, Señor, ilumíname. (*Abre el oratorio, que aún debe estar sin luz, y vase. Por 2ª izquierda Sor Angeles con Alvaro y William.*)

Sor An. Háganme el favor de esperar un momento. Ha subido ha hablar con Sor Piedad y debe estar por aquí dentro. (*Vase Sor Angeles por derecha.*)

Willi. Pero ¿osté estar seguro?

Alvar. Completamente. Pepe ha sido el enfermo y Gabriela, la propia Gabriela, quien se prestó a tan noble acción.

Willi. Mí no ver nunca nada semejante. Ser una heroino.

Alvar. Es una mujer sublime.

Willi. Mocho.

Alvar. ¿Ve usted como las hay, mister?

Willi. Sí, una sola.

Alvar. Y ahora ¿cree usted en el amor de las mujeres?

Willi. Todavía no.

(*Por derecha sale Sor Angeles.*)

Sor An. Tengan la caridad de pasar al salón. No le encuentro, pero le haré buscar.

Alvar. Gracias, muchas gracias. (*Vanse ellos por 1ª izquierda. Del oratorio sale Gabriela y cierra.*)

Sor An. Sor Piedad, ¿terminó de hablar con ese enfermo?

Gabri. Sí.

Sor An. ¿Dónde está?

Gabri. Abajo en las galerías.

Sor An. Voy a buscarle. Tiene visita.

(*Váse Sor Angeles por 2ª izquierda. En el lado derecho de la escena Gabriela. Por 2ª izquierda Angustias.*)

Angus. Me ha dicho ese que usté me llamaba.
Gabri. Sí, perdone.
Angus. ¿No será pa que se vaya solo?
Gabri. No tema nada.
Angus. Si usté lo dice...
Gabri. ¿Quiere usted mucho a ese hombre?
Angus. ¿A Pepe?
Gabri. Sí.
Angus. Más que a mi hijo y a mi vida entera.
Gabri. ¿Su hijo?
Angus. Mi hijo, sí, mi hijo, que es pa mí tó lo del mundo.
Gabri. De él quiero hablarle.
Angus. ¿De él?
Gabri. Sí. Un día, debe usted recordarlo muy bien, un día llegó usted a una casa donde otra mujer iba a casarse con un hombre a quien quería locamente; llevaba usted de la mano a ese hijo y por él reclamó usted a su padre, ¿no es así?
Angus. Así fué. Pero no veo a qué viene.
Gabri. Entonces... no dijo usted sólo «mi hijo», sino «nuestro» hijo.
Angus. Y ahora también lo digo. Es que un padre o una madre en hablando con los demás decimos siempre «mi hijo» y sobre tó las madres, que siempre nos parece que son más nuestros. Pero tan mío es como suyo.
Gabri. (*Aparte.*) ¿Será verdad?
Angus. Y se pué saber a qué viene la preguntita?
Gabri. Va usted a saberlo. (*Aparte.*) Perdóname, Dios mío. (*Alto, muy despacio*). Otro hombre ha ha venido a decirle a este... que ese hijo es de él.
Angus. ¡Mentira!
Gabri. Escuche. El negó, se resistió a creerlo, pero vino a su recuerdo una noche en que usted, ofendida, repitió en sus oídos esa misma afirmación.
Angus. ¡Ah, el canalla! ¿Se ha valío de eso pa dejarme, no? Pues no, no y no. Lo buscaré, lo encontraré, y ande quiera que lo halle, yo sabré decirle toda la verdá.
Gabri. ¿No es esa?
Angus. Qué ha de serlo. Es suyo y bien suyo.
Gabri. Entonces ¿para qué le mintió?
Angus. ¿Y me lo pregunta usté? Usté que ha sío mujer como yo, y como yo ha estado enamorada de un hombre y si ha sío verdá ese cariño ha debido sentir toda la comezón de los celos.

Gabri. No hable de eso y responda: ¿le mintió usted a él, o me miente usted a mí?

Angus. A él, a él; ¡qué más quisiera usté que fuera ahora cuando mintiera!

Gabri. No sabe usted lo que se dice.

Angus. Me va usté a hacer creer que no le quiere.

Gabri. Le voy a probar a usted que no le quiero; pero júreme usted antes, que eso que me dice es verdad, absoluta verdad.

Angus. ¿Por quién quiere usté que se lo jure ¿Por él?

Gabri. Por su hijo.

Angus. Pues... (*Hace ademán de jurar pero Gabriela la detiene.*)

Gabri. No... ¡La creo a usted!

Angus. ¿Y él? ¿Ande está él?

Gabri. No tardará usted mucho en verle.

Angus. ¿Entonces no se ha ido?

Gabri. No. Se irá con usted y con su hijo. Mi padre, a quien deben ustedes presentarse hoy mismo, les facilitará dinero, empleo y un pasaje para América.

Angus. ¿Tan lejos?

Gabri. Tan lejos. Para usted, si le quiere, cuanto más lejos esté él de mí, mejor.

(*Angustias, como comprendiendo toda la verdad, rompe a llorar.*)

Pero ¿qué es eso? ¿qué le ocurre, hermana?

Angus. Que hasta ahora no he comprendío yo tó lo buena que es usté.

Gabri. Vaya, déjese de eso...

Angus. Y créame usté, señora, que si no fuera por ese hijo, por ese hijo nuestro, la que se marchaba lejos, muy lejos, pero sola, era yo.

(*Por izquierda William y Alvaro, que al ver el grupo que forman las dos mujeres, se detienen.*)

Gabri. Bah, sosiéguese, piense que va a ser feliz.

Angus. ¿Y usté?

Gabri. Yo lo soy ya.

Angus. ¿Me perdona usté, hermana?

(*Angustias se arrodilla y besa largamente el crucifijo de Gabriela. Esta, cruzando los brazos sobre el pecho, reza en silencio.*)

Alvar. ¿Ha oído usted, William?

Willi. Ser toda una muquer.

Alvar. ¿Recuerda usted el libro que Pepe pensaba publicar?

Willi. ¿Rosas de pasión?

Alvar. Rosas de pasión. Ahí las tiene usted. La una roja, encendida, la pasión carnal, la mujer que

adora el cuerpo del hombre por ser hombre; la otra blanca, de pureza, la pasión espiritual, la mujer que adora el alma del hombre, por ser alma.

Willi. Oh, vámonos, vámonos.

Alvar. Sin ver a Pepe, sin saludar a Gabriela...

Willi. Pronto, pronto.

Alvar. ¿Por qué? (*Mirándole.*) ¿Qué es eso, llora usted también?

Willi. Es la primera lágrima que me cuesta la vida y ha sido por una muquer.

(*Lentamente hacen mutis por izquierda. Por derecha entra Sor Mariana. Angustias se levanta y retira un poco.*)

Sor M.ª Sor Piedad... ah, perdone. Va a comenzar la misa de renovación de sus votos.

Gabri. Voy enseguida, madre.

Sor M.ª Porque a mis oídos llegó no sé qué revelación de amor mundano, no está demás advertirle que si algo queda en su corazón que le impida consagrarse a Dios por entero, no olvide que hoy, en esta hora, puede ser libre y volver al mundo. El Señor la bendiga.

(*Abre Sor Mariana las puertas del oratorio y aparece éste iluminado con el altar al fondo. En dos filas las hermanas de la Caridad esperan con velas encendidas. El órgano suena dulcemente.*)

Angus. ¿Y podía usté haberse marchao hoy... con él?

Gabri. (*Más con el gesto que con la voz.* Sí.

Angus. Hermana, hermana. (*Besándole las manos. Por 2ª izquierda Pepe.*)

Pepe. ¡Gabriela!

(*Gabriela tiene en su derecha la mano de Angustias, toma con la izquierda la de Pepe, las cruza sobre su pecho y dice*):

Gabri. Es buena, te quiere y cree en ti. Podéis ser felices. (*Los deja con las manos unidas y va a avanzar sobre el oratorio.*)

Pepe. Pero ¿y tú?

Gabri. ¿Yo? También lo soy. Sedlo vosotros siempre y tanto como yo lo soy ahora. (*Avanzando hacia el oratorio coge las flores que aprieta entre sus brazos.*)

Pepe. ¡Qué mujer!

Angus. Vámonos. No la mires más. que te vas a dejar ahí clavaos los ojos.

Pepe. ¡Pobre Gabriela!

Angus. Y pobre de mí también, que he de soportar esta cruz de quererte con toda mi alma y saber

que vives conmigo pero que no vivirás nunca para mí.

Acaba la frase en el instante en que Gabriela llega al pórtico del oratorio. Vánse lentamente Pepe y Angustias por izquierda. Síguelos con la vista Gabriela, y al verlos desaparecer, ahogando en sus sollozos todo el infinito dolor de su vida rota, abre los brazos, dejando caer las flores que aprisionaba en ellos y cae de rodillas llorando. Dentro se escucha el eco del órgano majestuoso y grave y el loco voltear de las campanas.

La escena y la sala deben tener en estos momentos un fuerte olor a incienso.

TELÓN LENTO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

acita de plata.—Revista cómico-lírica en un acto y cinco cuadros, con música del maestro Julián. Teatro de Verano. Cádiz.
iberica abajo.—Sainete en un acto, inspirado en una copla popular. Teatro Circo. Cádiz.
moríos.—Entremés en prosa. Teatro Principal. Cádiz.
a detective.—Comedia lírica en dos actos, música del maestro Ramón de Julián. Teatro de Verano. Cádiz.
l tren que vuelve.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Circo. Cádiz.
el huerto vecino.—Comedia en un acto y en prosa. Teatro Cómico. Cádiz.
una de Mayo.—Monólogo en verso. Teatro Principal. Cádiz.
l tren de los sueños.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Alvarez Quintero. Madrid.
l mentir de los viejos.—Sainete madrileño en un acto. Coliseo Imperial. Madrid.
as fraguas.—Comedia dramática en dos actos y en prosa. Coliseo Imperial. Madrid.
atalismo.—Drama en un acto (Gran Guiñol). Coliseo Imperial. Madrid.
lma de apache.—Drama policiaco en tres actos. Teatro Nuevo Apolo. Madrid.
a moza del llano.—Drama en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.
asta de ruines.—Drama en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.
a mujer espía.—Comedia en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.
as Espinacas.—(Consecuencia de «Los Gabrieles») en dos actos y en prosa. Teatro Infanta Isabel. Madrid.
nsueños.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Lara. Madrid.
a cogida del «Castizo».—Sainete madrileño en dos actos, en colaboración con Angel Caamaño. Teatro Cómico. Madrid.
l amigo Carvajal.—Juguete cómico en dos actos, en colaboración con Ricardo González del Toro. Teatro Lara. Madrid.
l hijo del otro.—Momento escénico en un acto. Teatro de la Comedia. Barcelona.
osas de pasión.—Romance de amor en tres actos y un prólogo, en prosa. Teatro Eldorado. Barcelona.